

LA LUZ VIVIENTE

PETER KAPRA

PETER KAPRA

LA LUZ VIVIENTE

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES
Portada: C. PRUNES

Depósito Legal: B. 20294-1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

DEDICATORIA:

A mis queridos amigos, Rosa María y Julián Catalán, con el sincero deseo de máxima felicidad futura.

Pe

Kapra

CAPÍTULO PRIMERO

Al sobrevolar las extensas ruinas de lo que sin duda debió ser una enorme ciudad, el capitán Pe Mysen experimentó una extraña sensación de inquietud. No era la primera vez que hallaban vestigios de una civilización desaparecida en aquel sorprendente mundo del sistema R.C. 240.

—Otra población en ruinas, Elgin —Mysen habló por el interfono.

—Sí, señor. La veo. ¿Por qué no realizamos una exploración sobre el terreno? Tal vez encontremos vestigios de los seres que la habitaron.

El jefe de la nave galáctica «Kobra-101» no respondió a la sugerencia de su segundo oficial. Llevaban setenta y dos horas circunvalando aquel planeta amarillento, para detectar sus características cosmológicas y estudiar su ambiente físico. Habían comprobado que su atmósfera era algo más densa que la de la Tierra,la temperatura media era de 25 grados centígrados, tenía canales de agua verdosa, similares a los del planeta Marte, y una singular vegetación del color del trigo maduro. Descubrieron también extraños árboles rojos, hacinados detrás de depresiones naturales del terreno, cuyo relieve no era muy accidentado.

—Deduzco que aquí debió vivir una civilización muy adelantada —habló una voz por el interfono.

—¿Qué te hace suponer eso, Dundee? —preguntó el capitán Mysen.

—Observe la forma en espiral de su principal arteria de comunicaciones y las avenidas radiales que la cruzan. Jamás he visto una población cuya ordenación urbana tenga esa configuración. Da la impresión como si toda la ciudad hubiese sido construida al mismo tiempo… Y en el centro debió existir un enorme palacio.

—¿Cuánto tiempo calculas que debió quedar abandonada esa ciudad, Dundee?

—Es imposible precisarlo. Si las condiciones atmosféricas han sido siempre igual que ahora, puede que estemos ante los restos de una población que vivió hace tres a cinco mil años. Es un criterio basado en el estudio aparente de las ruinas de nuestro planeta, lo cual no significa nada.

—Me gustaría saber por qué razón se abandonaron esas ciudades —dijo Mysen, sumido en un mar de dudas.

—Si no exploramos «in situ», no creo que lo averigüemos —se oyó en la cabina de mando la voz del segundo, Elgin—. ¿Qué le parece

si bajamos Lappa y yo?

El capitán Mysen conocía las íntimas relaciones sentimentales que unían al segundo oficial de la «Kobra-101» con la segunda jefe de máquinas, Miriam Lappa. Por ello, dedujo que Elgin, más que una exploración, lo que buscaba era la oportunidad de estar unas horas a solas con su amada.

YMysen no era, precisamente, un puritano. Sonreía al decir ante el micrófono:

—De acuerdo, Elgin. Nos situaremos en suspensión antigravitacional. Descenderéis tú y Lappa.

Esta concesión causó alegría en la tripulación de la nave. Después de tres días orbitando sobre el planeta amarillo, cuyo nombre ni siquiera conocían y cuyo descubrimiento se debía a la aproximación hiperlumíca al sol de 5.ª magnitud que iluminaba aquel mundo.

Los siete cosmonautas del «Kobra-101» procedían del crucero estelar «Tierra-2», la supernave de exploración cósmica que llevaba doce años explorando el Universo, en una travesía de más de cien millones de años-luz desde que salieron de su planeta madre.

Doscientas naves «Kobras» ayudaban a la «Tierra-2» en su colosal tarea. Desde la gran sala astronómica del crucero estelar, donde se descubrían los astros luminosos. del negro abismo universal, los sabios enviaban las órdenes de exploración, muchas de las cuales tardaban años en realizarse.

El capitán Pe Mysen había recibido la orden de explorar la estrella R.C. 240, distante unos quince mil millones de kilómetros, siendo, por tanto, invisibles los planetas que pudiera tener en su sistema.

Ygeneralmente siempre había mundos oscuros girando silenciosamente en torno a las estrellas luminosas.

Los tripulantes de la «Kobra-101», una vez realizado el «salto» espacial de once días de duración a velocidades hiperlumínicas, se encontraron con un bello sistema planetario de seis mundos de distintas densidades y tamaños, dos de ellos provistos de varios satélites.

Inmediatamente, según norma, los clasificaron por orden de proximidad a su estrella-madre. El más próximo recibió el nombre de R.C. 240-1. El siguiente obtuvo el número dos final, y así hasta el seis.

La primera inspección consistió en determinar velocidades orbitales, rotaciones, para lo que se efectuó un reconocimiento a «distancia» de todo el sistema. Luego, al examinar de cerca aquellos mundos, se encontró con que R.C. 240-4 presentaba huellas de haber estado habitado y gozaba del privilegio de poseer tres grandes lunas.

En todo el sistema, sólo aquel planeta ofrecía tales características, singulares, por cierto, pero no insólitas, porque en el

crucero estelar «Tierra-2» se habían registrado más de diez mil planetas habitados, y muy pocos por seres antropomorfos.

Pe Mysen, no sabía por qué, creía hallarse ante un mundo cuyos habitantes pudieron ser, en algún remoto pasado, semejantes a los terrestres, lo cual sería un éxito extraordinario. Esta creencia se la daban las ciudades en ruinas descubiertas sobre la superficie del planeta, los verdosos canales, que parecían conteneragua y el amarillento color de la hierba que se extendía por todas partes.

Allí existía aún vida, aunque fuese vegetal. Los extraños árboles de coloración rojiza, hacinados detrás de las depresiones orientadas al sol, era un misterio que, desde la ionosfera, parecía difícil de descubrir.

Al dar sus últimas instrucciones, el capitán Mysen dijo:

— No os confiéis demasiado. Nadie sabe lo que podéis encontrar ahí abajo. Todo parece tranquilo y solitario, sin duda. Pero no debéis correr riesgos innecesarios. Tened preparados siempre los retroimpulsores para salir volando al menor indicio de peligro. Llevad los paralizantes dispuestos. No os quitéis las escafandras con ningún concepto. Respirad nuestro propio oxígeno y manteneos siempre juntos y unidos a nosotros por radio.

* * *

Jack Elgin, segundo oficial de la «Kobra-101», era ingeniero astronáutico, graduado en la Escuela de Alta Capacitación de la Estación Orbital Mercurio, situada en órbita permanente alrededor de la Tierra. Allí también se había graduado Pe Mysen, cuatro años antes que Elgin.

Éste era un joven de veintiocho años, risueño, bien parecido y atlético, de más de dos metros de estatura, ojos claros y cabello castaño, que vestía siempre el uniforme espacial blanco con impecable desenvoltura.

En el crucero estelar, Jack Elgin había gozado demucho éxito entre el abundante personal femenino. Sin embargo, jamás dio motivos de escándalo. Las formas y la compostura se cuidaban mucho entre la sociedad astronáutica de la «Tierra-2».

Ello no era impedimento para que Elgin tuviera sus devaneos íntimos con más de una hermosa camarada. Y, desde luego, no era ningún secreto a bordo de la «Kobra-101» que Jack Elgin y Miriam Lappa, la segunda jefe de máquinas, se amaban. Con frecuencia estaban juntos en la cabina de ella o en el salón de descanso… ¡Y hasta alguien lo había descubierto besándose en la cámara de control mecánico de a bordo, estando Miriam de servicio!

Al capitán Mysen no le importaban estas cosas. El amor no estaba reñido con el cumplimiento del deber. Él no estaba casado, ni

enamorado siquiera, excepto con su profesión. Era el responsable de sus seis subalternos— tres hombres y tres mujeres, todos jóvenes— y mientras no se produjese algún escándalo que atentase contra la seguridad de todos, cada uno podía hacer lo que le viniera en gana. Bastante tenían con la prolongada monotonía del viaje espacial, viviendo siempre en espacios reducidos y estrechos.

Elgin se equipó apresuradamente, colocándose el traje espacial, que era un modelo perfecto de los adelantos técnicos del siglo XXV, y que le daba una gran facilidad de movimientos, pese a llevar más de quince kilos de material auxiliar, incluyendo las dos botellas de «aire» artificial a muy altas presiones, y con el que podía respirar en ambientes inamosféricos durante más de cuarenta y ocho horas.

Luego, fue a reunirse con Miriam Lappa, que le esperaba junto a la escotilla de emergencia.

Miriam era una joven de veinticuatro años, no tan alta como Elgin, de facciones morenas y ovaladas, ojos oscuros y grandes y boca sensual y reidora. Su esbelta figura quedaba oculta por el equipo blanco de exploración exterior. Sin embargo, se adivinaba, a través del casco transparente, en su cabeza, cuello y facciones, que era una muchacha muy bonita e inteligente.

Ambos conectaron sus equipos de radiocontrol.

—¿Listo, Miriam? —preguntó él, ajustándose el cinturón metálico, donde llevaba la placa de control electrónico de todo el equipo.

—Sí, Jack.

—Vamos a salir, capitán Mysen.

—De acuerdo. Abro la escotilla y cierro la compuerta interior.

La pareja quedó unos instantes totalmente aislada dentro del pequeño compartimiento estanco. Luego, se descorrió la escotilla exterior y la luz amarillenta de aquel cielo desconocido les envolvió.

Se dieron la mano.

Jack saltó el primero, cayendo pesadamente al vacío durante unos segundos. Miriam le siguió. Sin embargo, fue ella la que primero disparó su retroimpulsor, para estabilizar y aminorar la caída.

Jack Elgin hizo la misma operación y los pequeños cohetes de frenado y estabilización, situados en las piernas y en la espalda, le situaron rápidamente a la misma altura que su compañera.

Debajo de ellos, a unos mil metros, se hallaba elsuelo y las ruinas de la sorprendente ciudad en espiral.

—¿Podéis oírme bien?— llegó hasta ellos la voz del capitán Pe Mysen.

—Perfectamente —contestaron Miriam y Jack Elgin a un tiempo.

—Dirigíos, en primer lugar, al extremo del canal verde que tenéis directamente debajo de vosotros. Quiero muestras de ese

líquido, o lo que sea. Tened cuidado con el polvo que parece cubrirlo todo. Puede ocultar alguna trampa peligrosa.

»Luego quiero que os dirijáis hacia el centro de la ciudad. Me interesa en particular que examinéis lo que parece ser el palacio principal.

—De acuerdo, capitán Mysen —respondió Elgin—. Allá vamos.

Aceleraron el descenso para disminuirlo gradualmente en los últimos metros de caída, hasta dejarlo reducido a una «suspensión» casi ingrávida al primer contacto con aquel suelo desconocido.

Sin embargo, resultó que pese a la capa de fino polvo, de origen cósmico, el terreno era firme y sostenía perfectamente sus pesos. Comprobado esto, cerraron los retroimpulsores y se miraron, sonriendo.

—Ya estamos en tierra, Miriam. ¿Qué te parece?

—La gravedad es similar a la nuestra. ¿Crees que puede haber fisuras o grietas en el suelo, cubiertas por el polvo?

—No. Desde la nave se ve todo de otra manera. Aquí, al nivel del suelo, se siente uno como en casa.

—Prudencia, Elgin —llegó hasta ellos la voz de PeMysen—. La euforia no os debe hacer olvidar que estáis en un mundo desconocido.

—Sí, señor —contestó Elgin, guiñando un ojo a Miriam—. Vamos a recoger esas muestras.

Avanzaron uno junto al otro hasta el borde del canal, pisando con cuidado en el piso inclinado que conducía hasta el nivel del líquido verdoso.

El canal parecía estar hecho de un material parecido al cemento. Era algo poroso, según pudieron comprobar al remover el polvo, y tenía una inclinación de treinta grados con respecto al suelo. El líquido verde cubría la mitad, aproximadamente, del lecho y en su parte más profunda mediría dos metros. La anchura total del canal era de unos nueve o diez metros.

—Esto parece agua contaminada —observó Elgin, al inclinarse con el recipiente de vidrio que había sacado de uno de sus bolsillos—. Sin embargo, parece correr ligeramente por el fondo.

—¿Es transparente? —preguntó la voz de Mysen.

—Hasta cierto punto. Debe existir algo en suspensión que le da esa coloración. El microscopio nos lo dirá —dijo Elgin.

Recogió una muestra del líquido y luego cerró el tubo con un tapón metálico.

Miriam, por su parte, había tomado un guijarro, unos metros más allá, y lo lanzó al líquido, en el centro del canal. Inmediatamente se produjo una especie de ebullición con una densa humareda verde.

—¡ Sorpresa, Jack! —exclamó Miriam—. Se ha producido una reacción química… Esto parece un ácido.

Efectivamente, Elgin introdujo la punta de un cuchillola la vez que vio disgregarse el acero sumergido al contacto con el líquido, a la vez que también se elevaba una humareda verde!

—Y, sin embargo, el tubo no ha sido destruido—añadió Elgin, mirando el recipiente donde había recogido la muestra de lo que en modo alguno podía ser considerado como agua.

—¿Ha tocado ese líquido el tapón metálico? —preguntó Pe Mysen, desde la nave que podían ver los dos exploradores suspendida a más de mil metros de altura.

—Lo he tapado, pero no… Lo he mantenido en posición vertical.

—Inviértelo, Elgin.

Con cuidado, el segundo oficial de la «Kobra-101» hizo que el líquido tocase el tapón metálico, produciéndose instantáneamente una reacción similar a la que dejó sin punta al cuchillo de acero.

—Ácido altamente corrosivo —dijo Elgin, arrojando el recipiente al canal—. No cabe la menor duda.

—Utiliza un recipiente con tapón de vidrio, Elgin—ordenó Mysen por radio —Quiero una muestra de ese ácido.

Elgin obedeció: recogió con cuidado otra muestra en un pequeño tubo de cristal, material que parecía no ser atacado por el ácido verdoso. Luego, lo examinó al trasluz, junto con Miriam.

—No te lo guardes en el bolsillo, por lo que pueda suceder —observó la muchacha—. Será mejor dejarlo aquí, mientras vamos a explorar la ciudad. Luego le recogeremos.

—Tienes razón, Miriam… ¡No me gustaría bañarme en ese líquido!

Como habían comprobado desde la ionosfera, había numerosos canales como aquel en R.C. 2404.

—¿Sería está el agua que bebían los habitantes de aquí? —preguntó Miriam.

—No me extraña que no haya quedado ni uno. De todas formas, este es el primer misterio con que tropezamos. Sospecho que habrá muchos otros… Y alguno puede ser más peligroso que este líquido.

Emplearon de nuevo los retroimpulsores para alejarse volando de las inmediaciones del canal. Se detuvieron brevemente en una especie de plataforma o tejado de un edificio de veinte metros de altura, de los pocos que se conservaban enteros.

Desde allí pudieron contemplar las ruinas circundantes, obteniendo una grabación magnetoscópica del lugar. Y vieron que los edificios eran bastante parecidos arquitectónicamente a los construidos en la Tierra siglos atrás. Casas con paredes de piedra —de las que obtuvieron algunas muestras—, con puertas, ventanas y claraboyas. Descubrieron también mobiliario y utensilios, aunque no pudieron juzgar para qué servía nada de lo que encontraron.

—Tengo la impresión de haber retrocedido en el tiempo y encontrarme en nuestra Tierra, hace seis u ocho siglos. ¿Crees que aquí vivió gente parecida a nosotros?— preguntó Miriam.

—Si así fue, no han dejado fotografías para poder ver cómo eran. Pero lo que a nosotros nos parece inmuebles, puede ser otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Tal vez pequeños talleres u oficinas.

Por una escalera descendieron a uno de aquellos pisos. Todo estaba muy deteriorado, cubierto de polvo, sucio y viejo. Pero se apreciaba su línea y forma, aunque no la utilidad que había tenido.

—Ni sillas, ni mesas, ni armarios… Objetos metálicos, al parecer, cuya estructura haría la felicidad de un escultor abstracto. Y todo construido con estos desconocidos materiales.

—Yo diría que posee alguna similitud con el plástico —observó Miriam, que trataba de romper una frágil pieza, sin conseguirlo.

Descendieron escaleras completamente rectas y polvorientas y alcanzaron la calle, sin aceras ni bordillos. Desde allí abajo, trataron de imaginarse cómo habían sido aquellos edificios en su tiempo y cómo los habitantes que los ocuparon.

—Es extraño que no hayan dejado ni una estatua, ni cuadros —observó Miriam.

—Puede que no fuesen artistas. Hay demasiada hegemonía en todo este concierto arquitectónico. Yo diría que esto pudo ser una ciudad funcional.

—Sí… Vamos a ver ese palacio central. Tal vez allí viviera algún artista.

Salir volando era sencillo para Jack Elgin y Miriam Lappa. Sólo tenían que presionar un botón de su placa de control y orientar los brazos y piernas en determinadas posiciones. El retroimpulsor se encargaba del resto.

Y fue al sobrevolar las ruinas del centro de la ciudad espiral, en lo que habían llamado palacio, cuando ambos descubrieron un destello de luz, como emitido por los rayos solares reflejados en un espejo.

—¿Qué es aquello? —preguntó Miriam.

—Parece… El reflejo de algo bruñido.

—¡ Cuidado! —advirtió Pe Mysen, que no perdía ni una sílaba de sus subordinados—. No cometáis imprudencias.

—Este planeta está deshabitado —replicó Elgin—. Sólo puede tratarse de un destello… ¡ En efecto, hemos descendido y ya no lo vemos!

Sin embargo, oculto entre las ruinas del palacio de «Ikxdna», un horrible y pavoroso ser amorfo y radiante, de fisiología fototrópica —

o luminiforme— acechaba a los expedicionarios terrestres.

Nadie había visto jamás a Gkr… ¡Y verlo significaba algo peor que la misma muerte!

Elgin y Miriam Lappa acababan de verlo…

CAPÍTULO II

Avanzaban por un recto y ancho pasillo de techo alto, cuyas paredes y suelo estaban cubiertas de planchas rectangulares que parecían de mármol gris brillante. El techo era blanco, como de cristal. No había ninguna puerta, a derecha ni a izquierda, aunque al fondo se veía la luz del sol, irradiando sobre un amplio patio.

Habían entrado allí después de encontrarse varios túneles semejantes en tomo a los muros exteriores y semicirculares del impresionante edificio. Creían poder llegar al patio central, donde, posiblemente, encontrarían algo revelador.

Desde el cielo, al sobrevolar el palacio de «Ikxdna» no habían visto más que una especie de pirámide blanca, medio rota en su parte más alta. Y ahora, al acercarse a lo que creían la base de la pirámide, se extrañaban de la claridad que allí reinaba.. Lógicamente, la masa enorme de la pirámide debía interceptar la luz.

¿O era que aquel gran cono, de lados triangulares y planos, recogía la luz del sol y la extendía por el patio o nave central?

No era nada de esto. Pero en aquel centro del palacio estaba el increíble misterio de Gkr, o luz viviente.

¡Allí estaba, al acecho de los dos exploradores, el enemigo más extraordinario con que jamás se había enfrentado el hombre!

¡Y Gkr pensaba en apoderarse de Miriam y Jack Elgin!

Sólo tenía que dejarlos acercarse. Allí estaba protegido, seguro, sin interferencias de los que se encontraban aún en la nave, esperando. Aquellos seres extraños y vestidos de blanco, según Gkr, eran cautelosos y emitían radiaciones magnéticas muy débiles. Casi era un placer captarlas.

Él podía enviar contra los intrusos radiaciones mil veces más potentes; podía, incluso, paralizarlos totalmente con una descarga eléctrica de voltaje radiante. Pera se contenía, concentrándose en sí mismo, como si pretendiera no ser visto. Su impalpable cuerpo luminoso, desde luego, no podía ocultarse nada más que enla oscuridad. Pero en este caso perdía casi todo su poder lumínico y paralizante.

Gkr era núcleo de energía eléctrica. No era un ser propiamente dicho. Se había desprendido en una convulsión violenta de Grf-Kdn, y era una partícula sólo visible, como un diminuto sol maligno, donde se albergaba un increíble cerebro, de poder altamente destructivo.

Gkr había exterminado ya a una raza. Él era el responsable de la desaparición de los seres que poblaron aquel mundo. Los destruyó con su ingente poder lumínico y luego transformó en materia refrigerante el agua que los adoradores de «Ikxdna» habían utilizado para su

subsistencia.

La potencia calorífica y fotónica de Gkr no sólo se alimentaba de las radiaciones que constantemente recibía de Grk-Kdn, sino que necesitaba, periódicamente, sumergirse en el templado ácido vivificador. Los impalpables rayos de luz, como ávidos tentáculos de un pulpo multípodo, hallaban placer y vitalización en la inmersión. A ello era debido, por tanto, el alto poder corrosivo de lo que antaño fue agua limpia y pura.

Ya hacía más de diez mil años que Gkr llegó al paraíso de «Ikxdna» y paralizó la vida con sus invisibles descargas eléctricas de voltaje radiante.

Ahora, transcurrido aquel tiempo, seres semejantes llegaban de otro lejano mundo. Gkr ignoraba muchas cosas aún de los exploradores, aunque había podido captar sus mensajes y comprender su sentido psíquico. Habían descendido de una nave a la que él no podía alcanzar, por serle imposible vencer la gravedad del mundo que le había capturado.

Pero Gkr era sumamente inteligente y sabía cómo llegar hasta la nave que aguardaba en el espacio. Una vez en ella, podría hacerse conducir hasta el planeta de origen de los exploradores, que debían ser infinitamente más. Esto era tentador. Destruir totalmente a dos de ellos no significaba nada para Gkr… ¡ Los quería a todos!

Y aquellos dos podían conducirle hasta los otros.

Por vez primera, en el transcurso de su existencia, podría abandonar aquel mundo al que estaba aprisionado, saltar al espacio venciendo la ley de gravedad natural y conseguir otro aniquilamiento masivo.

Gkr no exterminaba por capricho. Le impelía a ello una fuerza interna que era la misma negación de la vida. Por no sabía qué aberración de la Naturaleza cósmica, la energía electromagnética que había en él cobró inteligencia. En realidad, al principio, Gkr sólo pensaba en «absorber» magnetismo psíquico. De ello surgió su «intelecto» negativo. Había en él toda la «psiquis» de dos mil millones de adoradores de «Ikxdna». Así fue como obtuvo la energía: ¡ destruyendo la vida!

* * *

Jack Elgin fue el primero en cerrar los ojos, al ver aumentar la luminosidad. En cambio, Miriam, demasiado aterrada ante el refulgente destello, los abrió desmesuradamente.

Yfue ella la que creyó distinguir partículas fotónicas que saltaban hacia ellos. No pudo mover ni siquiera un dedo.

Había estado diciendo:

«—Es raro que no oigamos al capitán.

YJack le respondió:

«— Posiblemente, el material de que está hecho este túnel intercepte las ondas… ¡Eh…!¿Qué es…? ¡Esa luz, Miriam!

Jack ya no siguió.

Miriam gritó y sólo pudo retroceder unos pasos. Así quedó, con los ojos abiertos, mientras que la luminosidad los envolvía a ambos y penetraba a través de los poros de sus cuerpos, para, a través de la circulación sanguínea, llegar hasta sus cerebros.

En esta ocasión, Gkr no aniquiló. Su inteligencia había trazado un plan de acción, sagaz y de mucho mayor alcance que el aniquilamiento de dos jóvenes.

Pudo escudriñar hasta los rincones más ocultos de las dos mentes que ahora dominaba. Descubrió hasta el sentimiento de atracción mutua y comprendió que ello podía favorecerle mucho, dado que eran seres de sexo opuesto.

Gkr podía dividirse, dejando parte de sí en Jack Elgin y parte en Miriam Lappa. Este poder divisorio era múltiple. En realidad, el ser lumínico podía disgregarse en casi tantas partículas como infinitesimales fotones componían su estructura amorfa.

Así, una parte se apoderó de Jack Elgin y otra hizo lo mismo con Miriam. Y en pocos segundos consumió la primera parte de su plan. Ahora, podía fingir que sus cautivos estaban en libertad. Sólo sometiendo a la pareja a un reconocimiento electroscópico podían ser detectadas las radiaciones que emanaban de ambos, denunciadoras de la presencia del monstruo electromagnético en sus cuerpos.

Exteriormente, ninguno de los dos había cambiado en nada.

Fue Jack quien primero recobró la movilidad, al volverse hacia Miriam.

— ¿Qué nos ha ocurrido?

—No lo sé… Me siento como mareada… Creo haber sufrido un desvanecimiento… ¡La luz!

—Ya no está —dijo Jack—. Se ha ido.

—Sí, es cierto. Debemos salir de aquí. El capitán Mysen estará preocupado al no poder oírnos.

—Volvamos. En el exterior nos comunicaremos de nuevo con él. Ya no tiene objetivo explorar este lugar.

Instintivamente, pese a saber la razón, Miriam preguntó:

—¿No tiene objetivo dices?

—No… Vamos… Hay que volver a la «Kobra».

Retrocedieron a lo largo del túnel, hasta desembocar de nuevo en la gran plaza circular, en cuyo centro se hallaba el palacio de «Ikxdna». Segundos antes de salir, la voz de Pe Mysen llegó hasta ellos:

—¡ Por el amor de Dios! ¿Por qué no contestáis?

—Aquí estamos, capitán Mysen —dijo Elgin—. Creo que las paredes y el techo del túnel han interceptado las ondas de radio.

—¡Al fin! ¡Me habéis tenido muy preocupado! ¿Qué habéis descubierto?

—Nada, excepto que dentro de este túnel hay menos polvo. Pero, desde luego, aquí no ha vivido nadie desde hace siglos. Es extraño no hallar estatuas, figuras o pinturas que representen a los moradores de este mundo.

—¿Quiere que sigamos explorando, capitán Mysen? —preguntó Miriam Lappa.

—Sí, desde luego. Pero no perdamos otra vez el contacto. No sabemos lo que podéis hallar.

Jack Elgin frunció el ceño. Estaba deseando regresar a la nave. Era Gkr quien lo deseaba. Pero se dijo que desobedecer a Mysen podía traer graves consecuencias. Y Gkr no quería fracasar. Todavía le faltaba dar el salto hasta la «Kobra-101« y penetrar en su interior, cuya distribución acababa de conocer por el cerebro de Elgin y Lappa.

—Correctamente —respondió Elgin—. Daremos la vuelta al palacio. Luego podemos penetrar en alguno de los edificios colindantes.

—Recoged todas las muestras que podáis. Es conveniente que las examinemos en el laboratorio para informar a «Tierra-2».

Gkr hubo de refrenar sus anhelos. Aceptó que sus rehenes hicieran lo que les habían mandado, pero sintió curiosidad por conocer en qué consistía la atracción sentimental de Jack y Miriam y, mientras descansaban ambos, en el interior de una de las salas de un edificio, donde hallaron algo semejante a una mesa baja y ancha de piedra, les sugirió acercarse el uno al otro.

Fue Elgin quien se acercó a Miriam y presionó el botón que cerraba el control de radio. Luego, hizo lo mismo con el suyo, mientras se llevaba el índice al casco escafandra, en señal de silencio.

Ella no se sorprendió de la picardía de Jack, el cual procedió a quitarse el casco, soltando los fijadores que lo unían al traje espacial.

Sabían ya que la atmósfera de R.C. 2404 era respirable. Por tanto, nada les ocurriría si se quitaban los cascos. Así, podrían hablar directamente, sin necesidad de radio. Y Pe Mysen no podría escuchar su conversación.

Miriam también se despojó del casco, sonriendo. Sus primeras palabras fueron:

—El capitán creerá que se han interferido de nuevo las ondas.

—Exactamente, amor mío —contestó Jack, acercando su rostro al de ella.

Se abrazaron con fuerza, uniendo sus labios en un profundo e intenso beso.

Gkr tuvo la impresión de haberse unido de nuevo. Y se divirtió. Aquellos seres infelices hallaban placer en entregarse uno en brazos del otro. La sensación era parecida a cuando Gkr introducía sus rayos ardientes de luz en el templado líquido que le tonificaba y revitalizaba.

Yhubo de ser testigo invisible de la entrega total de Miriam a Jack, ambos ya fuera de sus trajes de vacío, que habían dejado sobre la mesa de piedra.

Gkr estaba percibiendo las débiles ondas hertzianas, emitidas por los moduladores de la radio que manejaba Pe Mysen, en la astronave, en su inútil intento de ponerse en contacto con los jóvenes enamorados, temiendo que les hubiese sucedido algo, pero sospechando lo que ocurría.

Ycomo la impaciencia del capitán Mysen iba en aumento, Gkr instó a Jack para que volvieran a ponerse los trajes espaciales y salieran al exterior, donde fingirían haber tenido nuevas interferencias.

Pocos minutos después, la pareja aparecía en una escalera enteramente recta.

—¡Otra vez, capitán Mysen! —exclamó Jack, fingiendo alivio.

—¿Otra vez qué? —preguntó Mysen con soma.

—Ha habido interferencias.

—¡ Vaya una casualidad! —exclamó el otro, no sin cierto alivio —. Esos techos son muy tupidos. Me habría gustado ver lo que habéis estado haciendo… Tuve la impresión de que se cerraba la comunicación y no que se interfería.

—Por favor, capitán Mysen —dijo Jack, sonriendo—. Estamos de servicio.

—¡ Pues ya va siendo hora que dejéis el servicio y regreséis a bordo! La próxima exploración la harán Dundee y Jabrin. Estoy seguro que no encontrarán tantos obstáculos.

Miriam miraba a Jack y sonreía abiertamente. Sabía que sus gestos no podían ser observados por el capitán Mysen, del que ambos se habían burlado.

—¿Regresamos a bordo, capitán? —preguntó Elgin.

—Sí. Id primero a recoger la muestra del ácido. Luego, venid aquí.

—A la orden, señor.

* * *

Luise Isker y Elga Kahta, mecánico del cuerpo auxiliar femenino y oficial de radio, respectivamente, estaban ante Pe Mysen, quien había llamado a ambas a la cabina de vuelo para una delicada cuestión.

— Vamos a dejar los tratamientos a un lado —decíaMysen, un tanto nervioso—. Ahora sois dos mujeres, jóvenes y bonitas, y yo soy Pe Mysen únicamente.

—Se me hace difícil mirarle y no ver en usted al capitán —replicó la oficial de comunicaciones Elga Kahtaque vestía un ajustado jersey de hilos de plata, y era una mujer que habría llamado poderosamente la atención en el cine tridimensional o en el teatro.

Era, sin duda, la mujer más hermosa de a bordo. Pero nadie parecía darle importancia.

Luise Isker también era bonita, pero no se cuidaba. Un mecánico, casi siempre con la cara y las manos sucias, realizando ajustes en motores, quemadas las yemas de los dedos a causa de las soldaduras, que realizaba casi siempre sin protección, no tenía por qué parecer una chica frívola. La misión de Luise en la «Kobra-101» era importante y apreciada. Mysen había aprendido a confiar en ella.

Sin embargo, ahora no deseaba hablar con ellas de cuestiones técnicas, sino de un asunto algo más delicado.

—Os he llamado para hablar de Miriam y Jack Elgin.

—¡ Ah! —exclamó Elga Kahta, sonriendo.

—Para ninguno de nosotros es un secreto que están enamorados —continuó diciendo Mysen gravemente—. Vosotras sois mujeres y me importa mucho vuestra opinión.

—¿Nuestra opinión? —pareció extrañarse la mecánico Luise Isker—. ¿Por qué?

—Es lógico. Debemos permanecer algún tiempo dentro de esta nave. Aquí no sobra el espacio, comoen la «Tierra-2». Compartís la cabina con Miriam, como Elgin la comparte con Dundee y Jabrin.

»Ahora bien, mientras que Elgin, a quien aprecio mucho, y Miriam Lappa se mantenga en los discretos límites de la moralidad, no creo que ocurra nada. Pero ¿y si sobrepasan esos límites?

Muy dignamente, casi con altivez, la esbelta Elga Kahta dijo:

—Esta cuestión deben resolverla ellos y no nosotros. Hablar de moralidad aquí resulta un tanto ridículo. Hay un reglamento.

—Si empleo el reglamento al pie de la letra, diréis que soy un ogro. Desde luego, supuse que esta entrevista sería difícil. Sé lo que piensan Bill y Oscar al respecto, igual que yo.

—¿Y cómo piensa usted, capitán Mysen? —interpeló Elga, en tono burlesco—. No me refiero al modo cómo gobierna la nave.

—Soy bastante humano.

—Tanto Luise como yo también somos humanos.

—Me alegro de oírte decir eso, Elga Kahta. De haber comprendido que os molestan esas relaciones, habría sugerido a Jack que se casara con Miriam. Puedo hacerlo aquí mismo, a tenor del artículo 512 y siguientes. La «Kobra-101» no es más que una

delegación de la «Tierral», y aquí rigen las mismas normas que allí.

»Pero no lo creo necesario. Se trata sólo de admitir que dos personas se han enamorado, lo cual es bello, hasta cierto punto, aunque nos encontremos flotando sobre un mundo desconocido.

—Ha hecho usted una exposición muy romántica de sus sentimientos, capitán Mysen —dijo Elga, con un cínico mohín—. Me ha enternecido. Supongo que ahora nos pedirá que nos tapemos los ojos con las manos cuando el segundo entre en nuestra cabina a ver a su novia.

Pe Mysen sonrió.

—No hace falta que se tapen los ojos. Con dejarles solos será suficiente.

La mecánico Isker sonrió también.

—¿No aumentará la tripulación por esas tolerancias, señor?

—Nuestra exploración no durará tanto tiempo. Nada más, señoritas. Elgin y Lappa van a regresar a bordo. Habrá usted observado, oficial Kahta, que las comunicaciones con ellos se han cortado en dos ocasiones. ¿Cree que los muros de esa ciudad en ruinas pueden provocar tales interferencias?

—Carezco de datos para juzgar, señor.

—Nada más, señoritas. Pueden retirarse.

Luise Isker saludó y salió. Elga, por el contrario, se quedó ante su superior, con el gesto altivo.

—¿Está usted conforme en que esta nave se convierta en un burdel, capitán Mysen?

Él se sintió ofendido por lo que consideró una insolencia dela oficial de radio y exclamó, dando una palmada sobre la mesa:

—¡ Eso es una grosería, Elga! Si yo permito que dos seres se amen, no propago el vicio y la corrupción. Puedo casarlos.

—Jack no se casará con Miriam. Por eso lo digo.

En la «Tierra-2» le conocí más de diez devaneos. Su segundo es un chico guapo y engreído y Miriam Lappa no es una muchacha muy despierta.

Mysen quedó un tanto cortado y confuso.

—Yo creí… Bueno… No pensé…

—¡Me parece que conoces muy poco a las mujeres, capitán! Y esta conversación es privada. Jack Elgin no me tomaría el pelo como se lo toma a Miriam. Y no hacía falta que me hicieras venir aquí para hablarme esas tonterías… ¡ Hace tiempo que cierro los ojos cuando los tórtolos se besan!

»En vez de preocuparte de esas cosas, sería mejor que atendieras el cuadro de control. El magnetismo de las ondas de radio de Miriam y Jack está aumentando de modo alarmante… ¡Y no creo que sea causa el acaloramiento de los besos intercambiados en tierra!

—¿Aumento de magnetismo?

CAPÍTULO III

A través de la ventana, Mysen pudo ver a Miriam y Jack acercándose a la nave. Se volvió y contempló el magnetómetro. Marcaba dos mil gausios.

—¡Esto no puede ser! Es demasiado magnetismo. ¿Qué puede producirlo?

—Ellos —replicó Elga Kahta secamente—. La aguja asciende a medida que ellos se acercan. Y hay otra prueba. Cierra la comunicación por radio y tendrás la prueba.

Pe Mysen se situó ante el interfono de su mesa de control.

—¿Habéis detectado magnetismo, Elgin? —preguntó.

La respuesta de Jack, que debió ser inmediata, tardó unos segundos en llegar:

—No hemos hecho mediciones. No se nos ordenó. Eso correspondía a Bill Dundee.

—Sólo captamos inducción magnética a escala normal. Voy a cortar la comunicación irnos instantes.

Mysen empujó una palanquita y miró de nuevo al aparato. La aguja, como había dicho Elga Kahta, descendió rápidamente a menos de quinientos gausios.

—¡ Tienes razón! El magnetismo nos llega a través de las ondas de radio.

—Y eso es extraño —añadió la oficial de radio—, porque tan fuerte inducción no produce interferencias… ¡Aguarda, Pe Mysen!

El capitán de la «Kobra-101» iba a conectar de nuevo la radio, para seguir interrogando a los dos astronautas del exterior, pero el gesto rápido de Elga le contuvo.

—¿Qué ocurre ahora?

—A pesar de estar cerrada la comunicación, el magnetómetro sigue ascendiendo en la misma proporción que antes… Seiscientos gausios… Setecientos… Si ahora conectas la radio, debe saltar a dos mil doscientos.

Pe Mysen vio, por la ventana, que Elgin y Miriam Lappa estaban ya a menos de cien metros de la nave.

Conectó la radio de nuevo y dijo:

—Escuchadme atentamente. Sospechamos que con vosotros viene algún tipo de radiación. El aparato sube de modo alarmante…

Efectivamente, estaba ya en dos mil trescientos, llegando a su límite. Era demasiada inducción magnética y podría provocar una alteración considerable en los medios de comunicación y navegación.

—Nosotros no hemos notado nada —dijo Jack Elgin.

—Habéis pasado por algún lugar fuertemente imantado. En

beneficio de la seguridad de todos, no os puedo dejar entrar a bordo hasta que no sepa de qué proviene esa alteración.

—¡ Por el amor de Dios, capitán Mysen! —intervino Mirian—. Tenemos que regresar a la nave. No vamos a permanecer aquí, flotando en el aire.

—Calma, Lappa —contestó Mysen muy serio—. No se trata de dejaros ahí eternamente. Como responsable de la seguridad de esta nave, mi deber es asegurarme bien antes de cometer una torpeza. Los indicadores me señalan una anormalidad. Estoy convencido que esa anormalidad la producís vosotros. Por tanto, antes de causar un daño mayor, investigaré.

Gkr, dentro de Elgin y Miriam, comprendió el sentido de aquellas palabras. Eran un contratiempo, puesto que ya daba por seguro que serían recibidos a bordo. Y una vez allí, nadie podía impedirle el apoderarse también de los otros tripulantes.

¡ Pero su condenado magnetismo le había delatado!

—Vais a volver abajo. Dundee y Jabrin efectuarán un reconocimiento más detenido y trataremos de localizar la fuente de ese magnetismo. Mientras, si estáis contaminados o «imantados», buscaremos el modo de libraros de ello, aunque lo mejor será que dejéis vuestros equipos en tierra.

—Efectivamente —intervino Elga—. Sus organismos no pueden estar imantados de ese modo. Es cosa de los equipos. Podemos enviarles otros trajes.

Gkr, sin embargo, tenía otros planes. Se encontraba ya a menos de cincuenta metros de la nave. Conacercarse a ella y adherirse a su fuselaje exterior, la presa era segura. Él sabía penetrar por los espacios intermoleculares del acero y llegar hasta todos los tripulantes.

Con un impulso más, y la «Kobra-101» sería suya.

—Descended de nuevo, Elgin —añadió Mysen.

—¡No les dejes acercarse! —gritó Elga, que estaba viendo salir humo del cuadro de control de comunicaciones—. ¡Traen un fuerte y peligroso contagio magnético !

—¿No me oís? —gritó Pe Mysen, por radio—. ¡No os acerquéis!

Pero Gkr obligó a Miriam y Jack a no responder, induciéndoles a ir directamente hacia el fuselaje plateado y fusiforme de la nave espacial de exploración.

— ¡ Atrás! ¡ Que retrocedan!

Hubo un chasquido en el cuadro de control. Se cortó la comunicación por radio con el exterior. Sin embargo, Mysen estaba viendo, a través del acero transparente de la ventana de observación, como los dos astronautas de reconocimiento, accionando sus retroimpulsores, se acercaban a la nave, desoyendo las órdenes.

—¡ Velocidad orbital G-T! —gritó Mysen, presionando un

pulsador de alarma.

El oficial de navegación Bill Dundee accionó el control de reacción. Toda la estructura de la nave pareció sufrir una sacudida. Lo que Pe Mysen había ordenado era una maniobra brusca, casi un salto al espacio.

Por suerte, la orden se ejecutó en el último segundo, cuando ya Elgin y Miriam casi tocaban la cerradaescotilla de acceso. Les faltó menos de diez centímetros.

Pero la súbita arrancada de la nave, que se alejó a gran velocidad, dejó atrás a Elgin y Miriam y al ser maligno y monstruoso que los había capturado.

En el control de mando, Elga Kahta observó:

—El anemómetro ha quedado inservible. Desconectaremos y haremos las mediciones en mis controles. Creo que la inducción magnética ha disminuido.

También la radio había quedado inutilizada. Elga abandonó la cabina de control, seguida de Mysen, para regresar a su puesto de trabajo, donde estaba Bill Dundee, alarmado. Elga compartía la cámara de navegación con Dundee. Allí estaba instalada la potente emisora.

—¿Qué está ocurriendo? —quiso saber el robusto individuo de cara infantil, sobre quien recaía la responsabilidad de la navegación sideral, después de Mysen y Elgin.

—Eso quisiéramos saber nosotros —contestó Mysen—. Elgin y Lappa regresaban con un polo magnético a cuestas, cuya inducción nos ha estropeado varios aparatos de control.

—¿Inducción magnética? ¿De dónde ha salido?

—Se les debió prender en el equipo durante el paseo. A ver si podemos comunicamos con ellos para darles instrucciones. Jabrin y tú iréis a llevarles equipos nuevos, para traerlos a bordo.

—Entiendo.

—Lo que me extraña es que desobedecieran mis órdenes de no acercarse.

—Tal vez no pudieran oírte —dijo Elga—. Creo que el control de radio estaba ya fuera de servicio.

—Miriam Lappa puso objeciones —indicó Mysen, pensativo—. No tenía por qué hacerlo. En estos casos, mis órdenes no pueden discutirse.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Bill Dundee.

—Los hemos dejado atrás.

—Efectivamente, los aparatos están normales —informó Elga, con un suspiro de alivio.

—Trata de comunicarte con ellos —dijo Pe, inclinándose sobre el hombro de la hermosa morena del jersey plateado, cuyos efluvios

empezaban a causarle una sensación extraña.

Había bastado una conversación, fuera de las normas rutinarias del vuelo espacial, seguido de una situación extraña, para que el hielo entre la esbelta y llamativa Elga Kahta y el capitán Mysen quedase, si no roto, un tanto resquebrajado.

Al menos, en el trato hombre-mujer hubo un cambio. No llevaban demasiado tiempo juntos —sólo dos semanas— para que entre ellos se hubiese establecido una relación cordial e íntima. Mysen no era como Jack Elgin.

Después de algunos intentos, la oficial de radio estableció el contacto, pudiéndose oír la voz de Jack Elgin, que decía a Miriam:

—Parece que no nos oyen. ¿Por qué se han alejado tan rápidamente?

—Habrán creído que estábamos apestados —replicó Miriam en tono apenada.

—Aquí «Kobra-101» —habló Elga Kahta—. Habla el capitán Mysen. ¿Podéis oírme?

—¡ Sí, sí! —exclamó Jack Elgin.

—Atiende, Elgin —dijo Mysen, tomando el micrófono de la mano de Elga—. Has desobedecido mis órdenes. Te dije que no debías aproximarte a nosotros.

—No lo oí, señor.

—¿Por qué no podemos volver a la nave? —preguntó Miriam Lappa, mezclándose en la conversación.

—Debido a la inducción magnética que emana de vosotros. No sé lo que ha ocurrido, pero mi tablero de control ha quedado inutilizado a causa de esa intensa radiación. Voy a olvidar lo ocurrido y no informaré de ello. Pero vais a descender con los retroimpulsores y esperaréis en tierra la llegada de Dundee y Jabrin.

—Sí, señor —contestó la voz de Elgin, de mala gana.

—Emplead los detectores manuales. Debéis registrar el lugar donde emana la radiación magnética. Tratad de localizar su origen, pero no os acerquéis a más de quinientos gausios. ¿Me habéis comprendido?

»También es esencial que detectéis vuestro equipo, que puede estar magnetizado. Hasta que no sepamos qué ha originado ese fenómeno, mi deber es tomar toda clase de precauciones. No es mi propósito dejaros abandonados, ni muchos menos. Tengo en cuenta todas vuestras posibilidades y recursos. Si estuvieseis en peligro, se os ayudará. ¿Me habéis comprendido?

Fue Gkr quien ordenó decir a Elgin:

— Sí, capitán. Hemos comprendido. Regresamos atierra.

* * *

Siete personas, cuatro hombres y tres mujeres, formaban la tripulación de la «Kobra-101». Todas las naves de exploración astronómica se componían del mismo número de tripulantes, y hasta de la misma cantidad de mujeres y hombres.

Esto obedecía a unas leyes promulgadas en la lejana Tierra, antes de emprender el crucero estelar de reconocimiento del Universo. El Consejo de Exploración Espacial quería, con aquella disposición, dar la oportunidad, en caso de largo aislamiento o pérdida de una nave, para que la tripulación pudiera perpetuarse.

Dos siglos antes, una nave espacial se perdió y tardaron más de ochenta años en poder localizar a los supervivientes, encontrándose, no a los astronautas, sino a los hijos de aquéllos, que vivían como náufragos del espacio, en un mundo donde habían encontrado condiciones ambientales favorables.

La raza humana se completa con la mujer y el hombre. Donde puede sobrevivir uno, puede hacerlo también el otro. Y entre hombre y mujer existe la posibilidad de supervivencia, especialmente a escala cósmica, donde cien años se considera poco tiempo relativo.

Y muchas veces se habían perdido naves espaciales más allá del sistema planetario.

De las siete personas que componían la dotación de la «Kobra-101», dos se encontraban fuera de la nave. Las otras cinco, requeridas por su capitán, Pe Mysen, se reunieron en la sala de recreo o centro del reducido mundo en que vivían.

Mysen quería cambiar impresiones con todos antes de decidir cómo resolver el conflicto en que se hallaban, y que, por otra parte, aún no consideraba alarmante.

Allí estaban, pues, Elga Kahta, sugestiva y silenciosa ; la mecánico Luise Isker, que ahora vestía un mono blanco, el oficial de navegación Bill Dundee, serio y circunspecto, y el técnico electrónico Oscar Jabrin, joven, delgado y casi calvo, cuyo entretenimiento parecía ser admirar las bonitas piernas de Elga Kahta.

— Os he llamado para que estudiemos juntos la situación — habló Mysen, de pie, en el centro del salón—. Nuestras observaciones en torno a ese planeta no indicaban una fuerte radiación magnética.

»Los descubrimientos realizados desde el aire me indujeron a mandar dos tripulantes a tierra para una inspección más directa. Envié al segundo oficial Elgin y a la ingeniero Lappa. Una cuestión sentimental me indujo a ello, que no alteraba el servicio.

»Sin embargo, cuando regresaban a bordo, captamos una fuerte radiación magnética, que posiblemente impregnaba sus equipos. Y para evitar dificultades, dispuse que no subieran a bordo.

»Alparecer, Elgin y Lappa no escucharon mis órdenes. La radio debió estropearse a consecuencias de la inducción magnética. Por eso,

ordené alejarnos de ellosrápidamente. Pero, como es lógico, no podemos abandonarlos.

—¿Cuál es el origen de esa radiación? —preguntó Oscar Jabrin.

—Lo ignoramos.

—Elgin y Miriam pueden tratar de localizarla, ¿no?

—Desde luego. Les he dado esas instrucciones. Ahora están en la superficie de ese planeta, esperando nuestra ayuda —contestó Mysen —. Quiero que cambiemos impresiones y que cada uno exponga su punto de vista. Necesito apoyarme en un criterio amplio y razonable.

—Dicho de otro modo —intervino Elga Kahta—, nuestro capitán quiere gobernar por la vía democrática.

Había cierta ironía en las palabras de Elga. Mysen optó por pasarlo por alto.

—Yo no veo motivo de alarma —observó Dundee—. Jack y Miriam han de despojarse de sus equipos. Nosotros vamos a buscarles, situando la nave a escasa altura o descendiendo a tierra…

—La nave no puede posarse en ningún planeta desconocido hasta no tener la seguridad absoluta de que no corremos peligro alguno. Artículo 29 del reglamento.

—Tampoco veo peligro en ese mundo amarillento —añadió Dundee.

—Ni tenemos la seguridad de que no lo haya.

—Bueno, bueno —medió la mecánico Luise Isker—. Lo importante son Jack y Miriam. Si sus equipos están imantados, que los dejen allá abajo. Pero no perdamos tiempo en ir a buscarlos.

—¿Qué opináis a eso?

—Desde luego, hay que rescatarlos.

—Bien. Iréis vosotros dos —dijo Mysen, señalando a Dundee y Jabrin—. Llevaréis vuestros equipos y los dos auxiliares. Descenderéis algo más aprisa, pero no sucederá nada. Podéis ir a prepararos.

»Luise, tú te encargarás de la navegación en ausencia de Bill.

—¿Y yo?— preguntó Elga.

—Nosotros vamos al control de radio. Quiero estar en contacto con Elgin y Miriam. La reunión ha terminado.

Todos se levantaron y abandonaron la sala.

Elga acompañó a Mysen al control de radio y navegación, desde donde el contacto con Elgin y Miriam continuaba establecido.

—No estoy en el puesto de control y, por tanto, no puedo veros —dijo Mysen—. ¿Dónde os encontráis ahora?

—En la parte sur de la población en ruinas —contestó la voz de Elgin—. Hay aquí una especie de monolito octagonal, de diez metros de altura. Una plataforma escalonada lo sostiene. Desde aquí al edificio más próximo hay medio kilómetro. Todo está en calma, y Miriam me ha propuesto quitarnos las escafandras para comer algo.

—¡ Nada de eso! —exclamó Mysen—. Pronto irán Dundee y Jabrin a buscaros. Ellos llevarán un magnetómetro más potente que el vuestro, incapaz de detectar nada. Suponemos que son vuestros equipos los que están magnetizados. Sería conveniente, mientrasllegan Dundee y Jabrin, que efectuaseis un reconocimiento aéreo sobre los lugares que habéis recorrido antes, para tratar de detectar el origen del magnetismo.

—Creo que estamos dando demasiada importancia a un fenómeno natural —contestó Gkr, a través de la voz de Elgin—. En este planeta no hemos visto nada metálico. Sin embargo, el suelo debe contener grandescantidades.demagnetita. Cualquier metal, y nuestro equipo es casi metálico, puede haberse imantado.

—Dos mil doscientos gausios en el dinamómetro es demasiado… Mi radio ha quedado paralizada.

—Es raro, porque las nuestras funcionan perfectamente. Y si nosotros somos portadores del magnetismo ya deberíamos estar aislados.

—Cuando yo no entiendo un fenómeno, amigo Elgin, lo que hago es estudiarlo.

—Correctamente. Obedeceremos las órdenes, señor —dijo Miriam, un tanto molesta.

—Ahora regresaremos para situarnos justamente encima de vosotros —añadió Mysen—. Tardaremos poco más de treinta minutos.

Dentro de los dos seres que no estaba dispuesto a soltar por ningún motivo, Gkr se felicitó mentalmente, si es que un monstruo lumínico como él podía sentir alegría ante un feliz desenlace de sus ambiciosos deseos.

No había podido penetrar en la «Kobra-101», pero dos nuevas víctimas se acercaban. Ahora debía buscar el modo de demorar el regreso de Dundee y Jabrin a la nave, a la espera de que el sol se ocultase. Cuandola primera luna de «Ikxdna» estuviese a punto de salir, período de casi oscuridad donde su energía se apagaba casi por completo, podía irse con sus víctimas a la nave. La radiación magnética sería mínima y el capitán Mysen no se alarmaría.

Entonces, en vez de cuatro cuerpos humanos, Gkr poseería siete… ¡Y su gran triunfo estaba asegurado! ¡Desde la «Kobra-101» saltaría al crucero estelar «Tierra-2», donde más de quince mil seres caerían en su poder!

CAPÍTULO IV

Un segando bastó a Gkr para «apoderarse» de Bill Dundee y Oscar Jabrin, a los que dominó aturdiendo sus mentes para que no pudieran ni proferir siquiera una palabra delatora.

Precisamente, en el momento de la «captura», Jabrin se incorporaba del suelo polvoriento, después de haber caído, al cerrar el retroimpulsor. Y estaba diciendo, humorísticamente, a Miriam, que venía hacia él:

—¿Qué tal, Miriam? ¿Habéis tenido tiempo de declararse?

Ya no dijo nada más. Pero Gkr ordenó decir a Miriam, para que desde la nave Mysen pudiera escuchar la conversación:

—Todavía no, Oscar. ¿Quién dijo que Jack era un «Casanova»?

—¿Quién ha dicho eso? —intervino Elgin.

Ante Mirian y Elgin, el monstruo luminoso se reveló unos segundos, como una serie de puntos de luz saltando velozmente de unos cuerpos a otros. Y la impregnación magnética se produjo, sin que Miriam ni Elgin pudieran rebelarse, dominados como estaban. Para ellos, la acción de Gkr era otro peldaño más hacia la conquista de la nave terrestre.

La voz de Pe Mysen, cuya nave se encontraba ahora a menos de doscientos metros del suelo, iluminada por los oblicuos rayos del sol, llegó hasta el grupo, por medio de las ondas de radio:

—Estamos bastante altos de magnetismo. ¿Me oyes, Dundee? No me gusta esto.

Gkr tuvo que actuar rápidamente. Por boca de Elgin, dijo:

—Utilizaremos el detector que trae Jabrin. Nosotros no hemos detectado nada en la inspección sobre las ruinas. Si te parece bien, daremos otra pasada antes de regresar a bordo. Creo que el misterio puede hallarse en la pirámide blanca que vimos sobre el palacio central. Aquello puede contener un emisor magnético.

—No, Elgin. Tú y Miriam regresaréis a bordo inmediatamente, después de haber dejado ahí los equipos espaciales. Poneos los que llevan Dundee y Jabrin para vosotros. Ellos harán el reconocimiento o tal vez lo dejemos para mañana. Dundee sabe lo que ha de hacer para detectar el magnetismo. ¿De acuerdo todos?

—De acuerdo —contestó Elgin.

Mysen esperaban las respuestas de Dundee y Jabrin. E insistió:

—¿Me oyes, Dundee?

Unos segundos habían bastado a Gkr para dominara sus nuevas víctimas. Ahora, dejó hablar a Bill Dundee:

—Sí, capitán. Seguiremos tus instrucciones.

Mysen pareció respirar aliviado.

—Bien. Proceded al cambio de equipos. Os estamos observando con prismáticos.

Miriam y Elgin procedieron a quitarse primero el casco transparente. Ante ellos, Jabrin y Dundee, les miraban a escasa distancia, pero sin haberse acercado a tocarles. Jabrin estaba ajustando el magnetómetro que llevaba en una caja de madera.

Cuando la pareja estuvo sólo con sus trajes blancos, habiendo dejado en un montón todo el equipo, Jabrin enfocó el aparato sobre el equipo que habían dejado los otros.

—Sí, capitán. Fuerte inducción magnética —informó.

—Correcto, Jabrin. No toquéis nada. Que se vistan Miriam y Elgin con los equipos auxiliares y que regresen a bordo.

Había precipitación y nerviosismo en los dos aludidos, al tomar los nuevos equipos y proceder a su colocación, algo retirados de donde habían dejado las otras prendas y material.

—¿Y la muestra de ácido? —preguntó Elgin, de pronto.

—Déjala —respondió Mysen—. Jabrin se cuidará de obtener otra, previa comprobación. Vosotros dos podéis regresar a la nave.

Elgin estaba viendo todavía el sol, al que faltaba más de una hora para ocultarse. Y sabía que no podíaregresar aún a la nave. Era necesario ganar tiempo. En la oscuridad, el magnetismo de Gkr se debilitaba. Mysen, con los instrumentos de a bordo, no lo detectaría en las sombras. Tenía, pues, que inventar un pretexto. Y lo halló en el retroimpulsor. Estaba seguro de que Mysen era incapaz de verle con los prismáticos, pues su movimiento fue furtivo y rápido, sobre una de las aletas de salida del gas, que presionó, obstruyéndola.

Al mismo tiempo, decía a Miriam:

—Habría sido interesante descender por aquellas escaleras oscuras y ver lo que había en el sótano. Estoy seguro de que habríamos descubierto algo interesante.

—Sí —contestó Miriam, en cuya mente se había formado la misma idea que en la de su compañero, por influencia de Gkr—. Posiblemente habríamos descubierto algún misterio.

»¡Las aletas de salida del gas!», pareció captar Miriam, desde la mente de Elgin.

Gkr, empero, era demasiado inteligente y rechazó la idea de Elgin. Dos averías exactamente iguales, en dos equipos distintos, debían inspirar recelo en el capitán de la nave. Y Gkr no quería fracasar de nuevo.

«¡No! —ordenó a Miriam, de forma que ella interpretó como pensado por sí misma—. Mysen sospecharía. Yo debo volver a la nave. Pero alegaré, para ganar tiempo, que debo ayudar a Elgin.

Efectivamente, cuando Elgin quiso poner en marcha el retroimpulsor, la aleta obstruida impidió el normal funcionamiento

del aparato. Elgin cayó de costado.

—¿Qué diablos...? —empezó a decir.

—¿Has repasado el equipo de Elgin? —preguntó Jabrin a Dundee.

—No. ¿Por qué? No se había usado y debía estar en perfectas condiciones.

—¡No toquéis a Elgin! —ordenó Mysen por radio—. ¿Qué sucede?

—Esto no funciona —contestó Elgin, deteniendo el retroimpulsor, para incorporarse.

—Déjame que eche una ojeada —propuso Miriam, acercándose.

—Cuando las cosas empiezan a salir mal, todo se desmorona —masculló Mysen—. A ver qué ocurre ahora. Luise debió repasar esos equipos. ¿Prueba a ver si el tuyo funciona, Miriam?

Miriam obedeció, aunque su propósito era entretenerse pretendiendo ayudar a Elgin. Y, en efecto, su retroimpulsor se puso en marcha, elevándola unos metros del suelo y removiendo el polvo.

—Bien, Miriam —añadió Mysen, enérgico—; regresa a bordo. Elgin localizará la avería. Si no lo logra, le enviaré a Luise Isker con herramientas.

Gkr debió enfurecer de contrariedad. Todavía brillaba el sol. La «Kobra-101» estaba demasiado cerca. Si Miriam se acercaba a la nave, Mysen volvería a detectar el magnetismo y se despertarían sus sospechas. Posiblemente, ya no fuese posible alcanzar la nave y se malograrían todos sus planes.

—No me gusta dejar solo a Elgin —dijo Miriam, sin decidirse a remontarse al aire.

— ¡ No está solo! —gritó Mysen, por radio—. Dundee y Jabrin están con él... ¿Qué os pasa? ¿Queréis hacerme perder la paciencia? ¡ Vuelve inmediatamente a bordo, Miriam Lappa!

Gkr no tuvo más remedio que consentir. Debía correr el riesgo. Si en la nave se descuidaban un poco, le alcanzaría con Miriam y todo estaría resuelto.

Así, accedió a que Miriam se dirigiera a la nave.

—Está bien, capitán.

* * *

Elga Kahta había seguido atentamente toda la maniobra, desde la salida de Dundee y Jabrin, su descenso y llegada al suelo, donde se encontraron con Miriam y Elgin.

Pero en el subconsciente de Elga había inquietud. Era una sensación extraña, imprecisa, de peligro indefinido, que aumentaba por momentos. El instinto le advertía de algo vago e inconcreto que parecía estar flotando en torno a ellos, sobre aquel mundo extraño,

amarillo y misteriosamente despoblado, con ruinas de poblaciones que alguien debió erigir y del que no quedaba vestigio por ninguna parte.

En el control de radio tenía una pantalla telescópica, con la que estaba observando todos los movimientos del encuentro entre sus cuatro compañeros. Y aunque no pudo ver las líneas de luz que saltaron de Miriam y Elgin hacia Dundee y Jabrin, en el momento de su encuentro, sí observó la breve detención y paralización de éstos dos últimos.

Luego, al estropearse el equipo de retroimpulsión de Elgin, la duda la asaltó de nuevo. Y no pudo evitar el abrir el interfono y decir a Pe Mysen, que estaba en la cabina de mando:

—No me gusta, capitán. Algo está sucediendo.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

—No lo sé… Es un presentimiento que no puedo definir. Pero intuyo que algo malo va a pasamos.

Mysen no contestó. Había cerrado momentáneamente la comunicación exterior —reparada en parte por Elga— y la volvió a abrir para seguir dando órdenes.

Pero en alguna parte de su mente, él también sentía la misma indefinida impresión que Elga. Aquello no podía ser casual. Un fenómeno incomprensible se estaba produciendo cerca de ellos. Algo había, incluso en los movimientos y palabras de sus compañeros del exterior, que no le gustaba.

Pese a ello, nerviosamente, casi furioso, ordenó que Miriam regresara a bordo. Y cuando la ingeniero ascendía hacia la nave,impulsada por la fuerza del retroimpulsor, cerró la comunicación exterior y dijo a Elga:

—Elga, envía un mensaje a «Tierra-2». Diles lo que está ocurriendo y que, si no enviamos una rectificación dentro de doce horas, deben consideramos en peligro.

—¿Lo crees conveniente? —preguntó Elga, muy seria.

—Sí. Remite también los datos obtenidos y que están grabados en las cintas magnéticas de la computadora.

—De acuerdo.

Mientras Elga obedecía las órdenes. Pe continuó mirando la figura de Miriam, que se acercaba a la escotilla de acceso a la nave.

De pronto, vibró la voz de Luise Isker por el interfono:

—Capitán Mysen, hay vibraciones extrañas en el reóstato del alimentador general. El amperímetro oscila locamente.

—¿Viste algo así cuando regresaban Elgin y Miriam?— preguntó Mysen.

—No estaba pendiente de ello entonces. Es ahora cuando…

—¡Gracias! —replicó Mysen, cambiando la llave del interfono—. Elga, ¿qué indica tu magnetómetro?

—Sube. Iba a llamarte.

—¡ Pese a todo, Miriam vuelve cargada de magnetismo ! ¡ Peligro, Luise! ¡ Saltemos rápidamente a la posición orbital F-E! ¡Aprisa! ¡Miriam está a menos de seis metros!

Luise Isker era rápida de reflejos. Había quedado encargada del control de navegación. Presionar dos botones del tablero la empleó una décima de segundo.

¡Y de nuevo se frustraron bruscamente los planes de Gkr, quien vio alejarse la nave metálica, cuando estaba a punto de alcanzarla!

—¡ Capitán Mysen! —gritó Miriam, desde el exterior, viéndose zarandeada por la brusca y cálida corriente de aire expulsado de las bocas traseras de la «Kobra-101».

—Vuelve a tierra con los otros —replicó Mysen secamente—. Nadie regresará a bordo hasta que averigüe qué produce ese magnetismo… ¡Aumentan nuestros indicadores cada vez que os acercáis!

Furiosa, Miriam lanzó un ex abrupto:

—¿Y qué condenación sé yo? ¿Cree que lo produzco yo?

—No lo sé. Lo siento, Miriam. Tú harías lo mismo en mi puesto. Esos fenómenos no me gustan. Informamos al crucero estelar. Esperaré las órdenes.

—¡ Es usted un inepto, capitán Mysen! —chilló Miriam, atronando el vibrador del altavoz—. Son los nervios lo que le hacen ver peligros por doquier. Vuelva aquí a recogernos. Tal vez sea necesario aplicarle un calmante.

—Lo siento, Miriam —contestó Mysen—. Y como pronto vamos a entrar enla oscuridad, me remontaré al hiperespacio y aguardaré allí hasta el nuevo día de R.C. 240-4. Tengo que estudiar este fenómeno.

¡La no intervención en la charla de los otros tres, que también se encontraban conectados a la radio, hizo comprender a Mysen que algo así como un complot había quedado malogrado!

—Elgin —añadió secamente.

—Señor —respondió el aludido.

—Toma el mando. Permaneceréis en tierra hasta el límite de vuestras posibilidades. Tenéis que hallar el medio de libraros del magnetismo que os rodea.

—Si hemos contraído algún contagio magnético noha sido culpa nuestra —replicó Elgin, muy dignamente—. Pero aquí están Bill y Oscar, que no han tenido contacto con nosotros. Creo que ellos deberían regresar a bordo antes de que se contaminen. No es necesario que nos sacrifiquemos todos.

Ahora, Gkr volvía a expresarse por boca de Elgin, recurriendo a una astucia sutil y retorcida. El tiempo iba pasando. Pronto sería de noche. Si Dundee y Jabrin regresaban en la oscuridad, los

instrumentos de a bordo no detectarían el magnetismo de Gkr.

—Dundee, utiliza el magnetómetro en vosotros mismos y dame el resultado.

Bill Dundee tomó el aparato que tenía Jabrin y se midió él.

Mintió con descaro.

—Magnetismo nulo, capitán —declaró.

—Entonces, regresad a la nave. Si cuando estéis cerca de nosotros observo alguna inducción, volveréis abajo de nuevo. Por ello no os debéis acercar con demasiada rapidez, sino despacio.

—Correctamente, Mysen —contestó Dundee—. Esperaremos el regreso de Miriam. Puede necesitarnos.

—¡No os acerquéis a ella ni a Elgin! ¡Es una orden! Escuchadme bien, Jabrin y Dundee. Algo ocurre en ese planeta. Miriam y Elgin han debido pasar por algún sitio altamente magnético. Y, pese a que se han cambiado de equipo, el magnetismo, o lo que sea, los ha impregnado. Sufrimos alteraciones en todos los circuitos eléctricos más sensibles de la nave cuando alguno de ellos se acerca aquí. Es serio. Un percance enlos controles ocasionaría, posiblemente, la destrucción de la nave.

—Lo comprendo, capitán Mysen —respondió Bill Dundee—. Se me ocurre pensar que el magnetismo de que están impregnados Elgin y Miriam puede ser algo así como el contagio de una enfermedad. Aunque nos parezca extraño, han debido contagiarse de inducción magnética como otros contraen la gripe o el sarampión.

—Algo así —asintió Mysen—. Pero de tratarse de una gripe común, cuyas consecuencias conocemos, no les prohibiría el regreso a la nave. Ese magnetismo insólito me tiene preocupado y pone en peligro la seguridad de la nave. Por ello, si es preciso, estoy dispuesto a sacrificaros a todos.

—¡ Nosotros no estamos contaminados de magnetismo ! —exclamó Jabrin.

—Eso lo comprobaremos a vuestro regreso. Volved a la nave cuanto antes. Elgin y Miriam se quedarán ahí.

— ¡ No puede hacernos esto, capitán Mysen! —exclamó Jack Elgin, con falso tono de desesperación—.¡Hemos pisado este planeta cumpliendo órdenes! ¡ La situación no es tan grave como para abandonarnos a nuestra suerte en un mundo desconocido!

—Nadie ha dicho que se os abandone, Elgin —replicó Mysen secamente—. Son medidas de seguridad. He informado a «Tierra-2» de lo que ocurre. No os dejaremos solos. Estaremos sobre vosotros en todo momento y se os facilitarán los medios para subsistir.

Mientras buscaremos el modo de eliminar ese magnetismo. Lo hago por la seguridad de todos.

—¡ Por el amor de Dios, capitán Mysen! —intervino Miriam—.

Nuestras vidas tienen más valor que esos controles. Si estamos impregnados de magnetismo, debe haber algún medio para librarnos de él. Tal vez en la «Tierra-2» sepan más que nosotros de esto. Debe usted llevamos allí lo más rápidamente posible.

—Lo siento, Miriam Lappa. No puedo hacer eso. Espero órdenes… Y no discutamos más. Que regresen ahora mismo Bill y Oscar.

—¿Dónde se encuentra la nave? —preguntó Dundee.

—Descenderemos hasta situarnos en la misma posición en que estábamos antes —contestó Mysen.

—De acuerdo. Nos pondremos en marcha en cuanto os veamos aparecer —dijo Dundee, mirando hacia donde el sol empezaba ya a declinar.

Gkr no había perdido aún la esperanza. El nuevo cambio de situación también la favorecía. Al ocultarse el sol, su «organismo» perdía buena parte de su magnetismo, porque dejaba de recibir la influencia directa de Grf-Kdn. En tal momento, Gkr seguía dominando a los seres humanos donde se había «albergado», y podía ir con ellos a la nave, en la cual no podrían detectarle hasta que la primera luna de «Ikxdna» le enviase de nuevo los rayos reflejados de Grf-Kdn. Para entonces, Gkr sería dueño de la «Kobra-101» y mandaría sobre la voluntad del capitán Pe Mysen y los restantes tripulantes de la nave.

Luego sólo quedaba solucionar el problema de larefrigeración de sus radiaciones. Gkr necesitaba, periódicamente, sumergirse en un líquido neutro, de lo contrario podría perjudicarse a sí mismo, autodestruyéndose.

Pero sabía por sus «cautivos» que en la nave espacial había tanques de agua que podía utilizar para su inmersión, como había hecho durante siglos en los canales del mundo en que moraba y del que pronto iba a salir, para trasladarse a otros mundos habitados, destruir a sus moradores y engrandecer su intelecto con el aniquilamiento de los seres vivos e inteligentes que lo poblaban.

Gkr sabía que pronto iba a conseguir sus propósitos. Su poder era absoluto. Los seres humanos que habían venido a visitarle eran más inteligentes que los antiguos adoradores de «Ikxdna», como estaba comprobando.

Y el éxito le satisfacía. Sólo le faltaba «apoderarse» de Pe Mysen, alque deseaba conocer antes de terminar con él.

¡ El capitán Mysen estaba condenado a muerte! ¡ Y la muerte que Gkr daba a sus enemigos era algo capaz de enloquecer de espanto, pues cuando el monstruo magnético dejaba a una víctima como inservible, de un ser humano sólo quedaba un cuerpo físico, negro, sin cerebro, que se deterioraba rápidamente!

¡ Gkr absorbía por completo el fluido magnético cerebral, base


rectora del sistema nervioso humano!

CAPÍTULO V

—Lo siento, Pe. Nuestro mensaje no ha sido captado por la «Tierra-2» —dijo Elga Kahta, apesadumbrada—. El receptor no ha funcionado. Creo que carecemos de potencia.

—¿Por qué, Elga? ¿Por qué? —gritó Pe, exasperado.

Ella se encogió de hombros, dejándose caer en labutaca, frente a la mesa de control de Mysen.

—Lo ignoro. Todos los fenómenos que nos perturban son de origen magnético. Y las ondas hertzianas están considerablemente debilitadas. Sería necesario desmontar enteramente todo el sistema de radio y verificar pieza por pieza. Sólo así podría averiguar lo que falla.

—¿Cuánto tiempo te llevaría eso? —preguntó Mysen.

—Varias semanas. Aparentemente, no hay nada estropeado. Eso es lo malo. El caso es que la radio notiene potencia. Ni podemos enviar ningún mensaje, ni recibirlo. Estamos aislados.

—¡ Bonita situación! Eso echa sobre mis espaldas toda la responsabilidad. —Mysen se levantó y se puso a pasear por la estancia, con las manos a la espalda—. Tenemos cuatro compañeros en el exterior y no sé si dejarlos regresar a bordo.

—Dundee y Jabrin están en camino.

—¿Y quién nos dice que no vienen tan «magnetizados» como Miriam y Elgin? Hemos de comprobar ese extremo antes de que lleguen a bordo. Pero el problema no es ése. Aquí hay algo siniestro. Uno se puede contagiar de cualquier cosa, menos de magnetismo.

—Si nos alejamos de este planeta, todo eso puede desaparecer. Estamos dominados por la influencia magnética que se desprende de ese lugar.

—Ya quisiera yo estar seguro de eso —replicó Mysen, deteniéndose y mirando fijamente a Elga—. He ahí mi gran duda. ¿Qué es lo que produce ese fenómeno?

Elga Kahta no respondió.

—Tengo algo aquí, Elga —dijo Pe Mysen, tocándose la frente—. Es algo confuso… Yo creo que el magnetismo no es una enfermedad. Se produce por causas físicas y naturales. En mis tiempos de estudiante, me dieron suficientes teorías para suponer que sé cómo se produce.

»Ahora, empiezo a dudarlo… Veo un mundo desierto, con ciudades en ruinas. ¿ No pudo ser ese extraño magnetismo quien convirtió en escombros esas poblaciones?

»Estamos en un mundo raro, Elga. Todo nos es desconocido. Vemos tres lunas, un sol, seis planetas. Aquí hubo alguien que ya no existe. ¿Y si regresamos a la Tierra llevando con nosotros el germen de

lo que damos en llamar magnetismo, por las causas que observamos, y nuestro planeta termina por correr la misma suerte que éste?

»¿ Dónde está la verdad, Elga? En la Escuela de Astronáutica nos enseñaban que debemos estar preparados para afrontar toda clase de situaciones imprevistas e insólitas. Nos dijeron que hallaríamos mundos en que las condiciones de vida no serían igual que las nuestras. Uno espera monstruos enormes, seres fabulosos, demoledores, apocalípticos, pero también puede hallar enemigos invisibles… Una flor, un perfume, un mineral, de aspecto inocente… ¡Y dentro de ello, o a causa de ello, incurrir en un desastre de incalculables consecuencias!

»Ésa es la responsabilidad de un capitán, Elga. Obedecer las órdenes es fácil. Uno se limita a ejecutar lo que le mandan y en paz. Las consecuencias caerán siempre sobre quien ordena.

»Y yo debo ordenar lo más conveniente para todos. ¿Qué es lo más conveniente? ¿Que vuelvan nuestros compañeros a bordo?

—¿Me lo preguntas a mí, Pe? —preguntó Elga.

—No, perdona. Me lo estoy preguntando yo mismo. Y yo también tengo que darme la respuesta. He ahí el dilema.

En la altiva, cínica y soberbia Elga Kahta se estaba despertando la admiración hacia el hombre que empezaba a conocer más íntimamente y que se revelaba como un auténtico capitán. Lo que exponía Mysen, sacando de su mente y su corazón razones de una transcendencia capitales, era incuestionable. Como hombre, exponía sus dudas. Era consciente de su deber. Todo cuanto decía, aunque pareciese absurdo, podía ser. Un astronauta debía pensar en todo aquello.

Siete vidas, en el fondo de la cuestión, importaban poco. Lo peor eran las incalculables consecuencias que podían acarrear los errores de un hombre. Y en el terreno de lo hipotético, todo era posible.

Allí existían unos hechos, comprobados por ella misma. Magnetismo capaz de trastornar y deteriorar los instrumentos de medición. ¿Qué clase de magnetismo era aquél? ¿Qué lo producía? ¿Cómo, por qué y de qué forma?

—Nadie puede reprocharte que obres de acuerdo con tu conciencia —Elga habló lentamente.

—Sí, sólo me queda ese recurso. Mi conciencia me dice que no debo abandonar a mis compañeros y que, pase lo que pase, debo hacerlos volver a la nave. Aquí, todos correremos la misma suerte. Pero… ¡Hay algo más que la conciencia, Elga! Está la razón, la lógica, el instinto… ¡Y tú misma has admitido que aquí hay algo raro!

—Sí, desde luego… ¡Mira el magnetómetro! ¡Empieza a subir de nuevo!

Pe Mysen conectó la radio y dijo:

—¿Dónde estáis, Dundee?

—A media milla de la nave. Os vemos con dificultad.

—Os habéis entretenido demasiado. Ya se ha ocultado el sol. Continuad hasta situaros a cincuenta metros. Allí deteneos. Comprobaremos los indicadores del inductómetro.

—Sí, capitán —contestó la voz de Bill Dundee, en un tono que pareció a Mysen de mala gana.

—¿Y Elgin?

—Estoy aquí. Miriam y yo comeremos algo y buscaremos un sitio donde pasar la noche. Habremos de recurrir a la calefacción. Debe hacer frío aquí en la oscuridad.

—Lo siento profundamente, Elgin… ¿Me oyes tú también, Miriam?

—Sí, señor —dijo ella, renuente.

—Estoy tratando de hallar una solución. Si no la encuentro, regresaréis a bordo y emprenderemos el regreso «Tierra-2». Lo que sea de uno será de todos.

—Yo no veo la situación tan alarmante como usted, capitán —habló Elgin—. Admitido que nos hemos «imantado». Pero estamos vivos y bien de salud. ¿Qué problema hay?

—Muchos. Uno de ellos es que nos hemos quedado sin poder enviar el mensaje a «Tierra-2». La radio no funciona y desconocemos las causas. Otro problema sois vosotros. Si os acercáis, todos los circuitos eléctricos se alteran.

—Puede que sólo sea transitorio.

—Eso quisiera admitir. Lo único que funciona aquí es esta radio, la que nos mantiene en contacto, lo cual no deja de ser un fenómeno curioso, dado que nuestra radio principal está prácticamente inservible. ¿Me podéis explicar esto?

—¿Qué dice Elga? —preguntó Miriam Lappa.

—No lo entiende.

—Nosotros tampoco.

—¿Estáis seguros que ese planeta está deshabitado?— preguntó Pe Mysen, súbitamente.

—Nosotros no hemos visto a nadie. Si hay gente y está oculta, no lo sabemos.

—Se me había ocurrido tomar tierra y explorar ese planeta a fondo, hasta descubrir lo que ocurre aquí.

—¡Vaya una ocurrencia, capitán! Todo lo que teníamos que ver en este mundo ya está visto. Si nos vamos, posiblemente cesará el magnetismo. La gravedad no es mucha.

—Yo presiento todo lo contrario. De todas formas, Dundee y Jabrin pueden regresar a bordo. El magnetismo que traen consigo es prácticamente nulo. Vosotros dos, Elgin y Miriam, quedaos ahí hasta

mañana. Entonces decidiremos.

—De acuerdo —replicó Miriam Lappa.

Y Pe Mysen, extrañado, creyó captar un tono triunfal en su voz.

* * *

Luise Isker observó el fusible del selector de ingravidez, extrañándose al ver surgir pequeñas chispas azules. Aquello era insólito y peligroso a un tiempo. El campo magnético de siglo contrario que manteníala nave en estado de ingravidez sobre el planeta podía anularse si se fundía aquel fusible.

Las consecuencias podían ser imprevisibles. La primera sería la brusca caída dé la «Kobra-101». Claro que los reactores darían impulso al vehículo espacial, colocándolo nuevamente en órbita.

Pero, en todo caso, el capitán Mysen debía estar advertido del fenómeno.

Por esto, la mecánico abrió elinterfono y llamoa Mysen, sorprendiendo la conversación de éste con Elgin y Miriam.

—Capitán —habló Luise—, algo extraño ocurre en el selector de ingravidez.

—¿Qué es ello? —inquirió Mysen, alarmado.

—No lo sé. Tal vez hemos utilizado demasiado el selector… Parece como si fuera a fundirse.

—¡Lo que nos faltaba! ¿Nos dará tiempo a que suban Dundee y Jabrin a bordo?

—No lo sé, señor. Parece que las chispas del fusible aumentan.

—¿No será debido al ascenso del magnetismo?—preguntó la voz de Elga Kahta.

—¡Estamos obsesionados con el magnetismo!—rugió Mysen—. No toques nada, Luise. Voy para allá.

—Sí, señor.

—Quédate aquí, Elga. Ya conoces el control de vuelo. Si queda anulada la ingravidez, recurre a los reactores de vuelo y sitúate en posición orbital G-T.

—¿Y Dundee y Jabrin? —preguntó la hermosa Elga.

—¡Que esperen! —rezongó Mysen, antes de abandonar la cabina de mando.

Avanzó rápidamente por el pasillo, descendió la escalera bajo la escotilla de máquinas y empujó la puerta de la sala en donde estaba Luise, ante el tablero de circuitos.

¡Pero la joven mecánico estaba asida a una palanca, temblaba, tenía el rostro vuelto, la boca desencajada, los ojos desorbitados, la piel del rostro amoratada y tal expresión de terror y angustia que Mysen sufrió un sobresalto!

—¡ Luise! —gritó.

—¡Agh!… No… me toque…

Mysen comprendió que una descarga de alto voltaje sacudía a la joven mecánico. Tocarla, en tales circunstancias, era tanto como quedar también él electrocutado.

Pero debía hacer algo inmediatamente. Y lo único que se le ocurrió fue tomar una bata blanca, que había colgada de un armario y, asiéndola con las dos manos, echársela a Luise sobre la cabeza, tirando de ella con violencia.

La joven se separó y cayó al suelo.

La astronave sufrió un sacudida en aquel preciso instante, y Musen también rodó por tierra, dándose un golpe en la nuca, contra un reóstato.

La voz de Elga Kahta llegó hasta él a través del interfono, gritando;

— ¡Caemos sobre el planeta, capitán!

Él no pudo responder. Se agitó, aturdido, frotándose el cuello. Intentó incorporarse, pero otra sacudida, motivada por el cambio brusco de velocidad, lo lanzó contra el muro. Elga no había esperado su respuesta para ejecutar la orden que él le dio antes de abandonar la cabina de mando, y ahora pretendía situar la «Kobra-101» en la posición orbital G-T, lo que significaba una seguridad para todos.

Sin embargo, al observar el tablero de circuitos, cuya distribución conocía tan bien como Luise Isker, Mysen comprendió que la maniobra de Elga no tendría éxito.

¡La «Kobra-101» había salido de su posición anti-gravitacional para ser atraída por el planeta que tenía debajo!

Se levantó de un salto. Fue a precipitarse sobre el tablero de circuitos, pero el cuerpo de Luise, tendido en tierra, le hizo tropezar y estuvo a punto de caer.

Se arrodilló. Luise yacía boca arriba, con la cara amoratada abiertos desmesuradamente los ojos y los labios crispados en una espantosa mueca. No sabía ninguna duda de que estaba muerta.

Por alguna razón que Mysen no podía comprender, la joven mecánico quedó adherida a la palanca que desconectaba el fluido eléctrico, de todo el tablero, que era de material aislante. Sin embargo, la tensión eléctrica debió ser sumamente elevada, atravesando incluso el aislante, para electrocutar a Luise.

Pe Mysen miró con terror el tablero supersticioso, y luego se puso en pie, para abandonar la sala de máquinas.

Regresó a la cabina de mando como un sonámbulo.

Elga estaba allí, tensa, sobre el cuadro de control.

—Luise ha muerto electrocutada —declaró él.

Elga se volvió, con el semblante demudado.

—¡No!

—Lo que me temía ha sucedido. Intuí la tragedia, Elga. Mi deber era velar por la seguridad de todos…

—¡Pues trata de estabilizar la nave porque vamos a estrellarnos contra el suelo! —gritó ella—. Hemos salido del estado ingrávido y no he podido establecer la posición orbital G.T.

Mysen sintió, un estremecimiento. Ya no pensó en nada más.

De un salto se situó junto a Elga. Una ojeada al tablero le demostró que llevaban una velocidad de cuatro mil kilómetros por hora, en línea tangencial descendente al planeta que les atraía.

Se extrañó de estar con vida. Habían pasado casi bruscamente de la posición de ingravidez a la velocidad tangencial descendente. Ello fue lo que le hizo caer en la sala de máquinas, cuando arrebató el cuerpo de Luise Isker a la atracción eléctrica.

—¡Los motores de frenado! —gritó Pe Mysen, presionando varios botones.

Se aferró al apoyo, pero ni aún así pudo conservar el equilibrio. Con violencia, Mysen y Elga salieron despedidos hacia el muro. Ella lanzó un grito de dolor. Él amortiguó el golpe contra el cuerpo de su oficial de comunicaciones.

Un instante después se oyó un crujido, toda la nave vibró y luego se detuvo, quedando ladeada sobre un costado.

Mysen y Elga rodaron sobre el suelo inclinado, yahora ella quedó encima de él, gimiendo, con el hombro dislocado, pero sin sentido.

Cuando el capitán se puso de rodillas y la examinó, comprendió lo ocurrido. A consecuencia del choque que produjeron los amortiguadores de frenado, los dos fueron arrojados contra el muro, pero ella le protegió con su cuerpo, recibiendo las mayores consecuencias del golpe.

Por fortuna, los resultados del accidente hubieron podido ser peores, porque los motores de frenado actuaron segundos antes de que la «Kobra-101» fuese a estrellarse contra el suelo, deslizándose por entre los árboles rojos, entre los que abrió un surco, para luego ser detenida por una depresión del terreno.

La astronave había caído a tierra. Posiblemente, jamás volvería a despegar de allí, si las averías que había sufrido eran irreparables. Pero lo importante era que Pe Mysen había resultado ileso, aunque bastante dolorido.

Y lo primero que hizo fue socorrer a Elga. Sus dedos palparon el hombre de la joven. Al comprobar que tenía el hueso del hombro lisiado, se lo encajó con un brusco movimiento.

Pese al estado de inconsciencia en que estaba, Elga se contrajo violentamente, como si el dolor brutal hubiese repercutido en su mente, y un jadeo angustioso surgió de su garganta.

— Lo siento, Elga —musitó él—. Era necesario.

Colocó a la mujer en posición cómoda y le estiró el brazo, con cuidado, a lo largo del cuerpo, buscando luego algo para sujetárselo, hasta que se decidiópor su propio cinto. Hecho esto, se levantó y fue hasta el tablero de control.

Allí, ante los mandos, se dio cuenta del alcance del desastre. La «Kobra-101», fuera de control, se había estrellado sobre la superficie de R.C.240-4, quedando parcialmente destruida. Comprobó también por las indicaciones del tablero, que los cohetes de frenado actuaron en los últimos segundos y que la inclinación de caída les había ayudado, de lo contrario, ahora estarían muertos.

La radio había quedado inutilizada y la luz interior se iba debilitando paulatinamente, quizá debido a un cortocircuito producido por la colisión.

Lo que hizo Pe Mysen fue presionar el pulsador de desconexión general, dejando toda la nave a oscuras. Así desconectaba también los motores atómicos.

Luego, se dirigió a la escotilla de acceso y utilizó el resorte manual. Se había provisto de una potente lámpara eléctrica con motor independiente. Después de hacer girar el resorte, empujó la compuerta, logrando abrirla sólo a medias, porque los gaznes electrónicos habían quedado agarrotados. Consiguió, empero, una abertura suficiente para poder saltar al exterior y pisar, por vez primera, el suelo polvoriento de aquel nefasto planeta amarillo, en cuyo horizonte nocturno estaba surgiendo tímidamente su primera luna.

Vio los árboles, ahora oscuros. No hacía viento. Nada se movía. El firmamento estaba estrellado y era inmenso, teniendo una coloración violácea y siniestra.

— Ellos están bien —dijo entre dientes—. Ahora, ya no importa que vengan a bordo. Trataré de buscarlos. Ahora, más que nunca, hemos de permanecer unidos… Hemos de sobrevivir aquí hasta que recibamos ayuda o podamos reparar la nave. Este planeta no puede ser tan hostil como parece. De algún modo, trataremos de sobrevivir.

Pensó también que Dundee y Jabrin, provistos de retroimpulsores, habrían seguido la trayectoria de la nave. Posiblemente ya estaban en camino, buscándole.

Mysen se acercó a uno de los árboles y tocó su tronco… Inmediatamente retiró la mano, ¡al sentir en su piel un calor extraño y la impresión de haber tocado un cuerpo humano!

CAPÍTULO VI

Eran vegetales, sin duda. Pero de un material extraordinario, blando, caliente, palpitante, como si la savia roja que corría por sus venas fuese sangre impelida por un corazón. Tenían ramas cortas y hojas anchas y gruesas, que se agitaban pese a que no corría viento alguno.

También comprobó Mysen que poseían raíces y estaban profundamente hundidos en la tierra.

Hechas estas comprobaciones, con ayuda de la linterna, examinó también algunos de aquellos singulares árboles de savia caliente que habían sido destrozados por la caída de la astronave, y cuyo surco estaba perfectamente marcado.

El árbol que examinó primero ofrecía todo el aspecto de un despojo animal, sanguinolento y triturado. En torno al tronco había un gran charco de un líquido rojo y viscoso, aún caliente, pero que se iba ennegreciendo a modo de grandes cuajarones de sangre.

Era un espectáculo horrible. La nave, en su deslizante caída, trazó un surco de muerte vegetal, sangriento y recto, como un vehículo lanzado sobre una multitud de personas, cuyos cuerpos hubiese triturado.

Diciéndose que no podían ser seres inteligentes, que sólo eran árboles inanimados, de una materia semejante a la carne, Mysen trató de sustraerse a la impresión que le dominaba de haber causado involuntariamente un genocidio.

Desde luego, los árboles no le acusaban de nada. Sólo las extrañas hojas, moviéndose rítmicamente, parecían tener vida allí. Y posiblemente aquellos movimientos era una especie de lenguaje que él no podía comprender.

Desde el aire, antes de caer, al reconocer el planeta, Mysen había descubierto numerosas colonias de árboles, todas ellas situadas en hacinamientos, como protegidos detrás de depresiones del terreno y siempre orientados al este, o sea, de cara al sol.

Podía calcular varios millones de tales colonias vegetales. Y cada una de ella contaría con veinte o treinta mil árboles vivientes, de los que su nave habría destruido casi un centenar.

No existía más que la hierba amarilla, que era uniforme en todo elplaneta, especialmente en grandes círculos en torno a los canales de ácido verdoso. El terreno tampoco era accidentado. No tenía montañas, sino ligeras depresiones, a modo de dunas.

Después estaban las ciudades en ruinas. Y éstas podían ser, aproximadamente, igual al número de bosques de árboles rojos.

Pensando en todo aquello y viendo cómo ascendía la primera

luna al firmamento, iluminándolo todo con su luz violácea, Mysen llegó a pensar si aquellos árboles no habrían sido antes seres humanos, con poder de traslación, y que por alguna razón u otra tuvieron que dejar sus ciudades y ir a refugiarse en aquellos lugares, transformándose en árboles de sangre caliente y roja.

Sin embargo, desechó la idea como disparatada y decidió regresar al interior de la nave, por si Elga podía necesitarle.

Ella continuaba inconsciente. Por esto la levantó con cuidado y la trasladó a la cabina que había compartido con la infortunada Luise y con Miriam, donde la acostó, cubriéndola luego con una manta termógena.

Después fue a la caja de herramientas y buscó una pala y un pico. Con ello y la linterna en la mano salió de nuevo al exterior, para hacer una zanja donde enterrar a Luise. En la «Tierra-2», la infortunada mecánico habría sido incinerada en el crematorio, si los médicos no lograban devolverle la vida. Pero Mysen ignoraba cuándo podrían ser rescatados, y el cadáver necesitaba recibir sepultura.

Se puso a cavar entre varios árboles. Había depositado la lámpara en el suelo, para ver mejor, aunque la luz de la luna le permitía distinguir bien las cosas.

Al cuarto golpe de pico en la tierra, tuvo la sensación de haber dado con la herramienta en algo blando. El polvo se tiñó de rojo rápidamente y el árbol más próximo pareció estremecerse.

Mysen dejó la herramienta y tomó la lámpara, observando el suelo, del que parecía brotar sangre, y luego al árbol, cuyas hojas se agitaban con gran rapidez.

¡ Tuvo la sensación inequívoca de haber dañado a un ser viviente, el cual manifestaba su dolor con el movimiento agitado de sus hojas!

—¡No! —exclamó Mysen—. Yo no sabía… ¡Lo siento profundamente!

Retrocedió, abandonando la idea de sepultar a Luise. Todo aquel lugar debía estar lleno de raíces, y él, con la punta del pico, había herido a un árbol, quien reveló su dolor con crispaciones.

Aturdido, regresó al interior de la nave y fue a la cabina de alimentación, donde abrió una alacena para tomar una botella de un reconfortante químico, de la que bebió largamente.

Hecho esto, volvió a la sala de máquinas provisto de una manta con la que envolvió cuidadosamente el cuerpo inerte de Luise. Luego, la depositó en un rincón.

—Tú has sido la primera víctima, Luise Isker. Confío en que no se produzcan más. En cuanto Elga se restablezca, tratáremos de encontrar a los otros. Puede que haya alguna posibilidad de salir de este extraño mundo. De un modo u otro, lucharemos hasta el fin.

* * *

La voz de Elga Kahta despertó a Pe Mysen, que se había dormido en el salón, sentado en una butaca. Se levantó inmediatamente y fue al pasillo donde estabanlas cabinas. Había dejado la puerta de la cabina de Elga abierta y con la luz apagada; encontró a la joven incorporada en el lecho e iluminada por la luz que entraba del exterior, a través del portillo de cristal de roca.

—¡ Capitán! —exclamó Elga al verle.

—Tranquilízate, Elga. Después de todo, pudo haber sido peor.

—¿Nos estrellamos? —inquirió ella.

Mysen asintió, apoyándose en el inclinado mamparo metálico.

—Sí. Caímos, mejor dicho. Pudimos hacer funcionar los motores de frenado y con el golpe se te dislocó el hombro. Te lo arreglé, y luego te daré un masaje cauterizante.

—¡ Me duele mucho! —dijo ella, llevándose la mano al hombro herido.

—Pronto estarás bien. No te preocupes.

—¿Me dijiste que ha muerto Luise o lo he soñado?

—Te lo dije. Ocurrió algo y quedó electrocutada… Lo sorprendente es que hemos caído en uno de esos bosquecillos de árboles rojos y he comprobado que esos árboles parecen seres de carne y hueso. Desde luego, poseen riego sanguíneo, están calientes y…

—¿Árboles humanos? —exclamó Elga con incredulidad.

—Bueno, es la impresión que dan. No hablan, desde luego. Pero tal vez se comuniquen entre sí por medio de señas. La nave, al caer, ha tronchado unos cuantos.

Elga, apoyándose en el brazo sano, alzó la cabezapara mirar por el portillo. Las ramas de los árboles rojos estaban cerca, pero ahora, a la luz del sol, no se movían en absoluto.

—Son árboles muy singulares.

—Lo raro es que no hayan venido a buscamos nuestros compañeros —añadió Mysen—. Jabrin y Dundee estaban en el aire y debieron ver la dirección que seguíamos.

—¿Jabrin y Dundee? —preguntó Elga, volviéndose a Mysen—. ¿Dónde están?

—Quedaron allá, a la espera de poder entrar en la nave.

—Quizás haya sido una suerte —dijo Elga, pensativa—. Verás. He tenido una pesadilla horrible, relativa al magnetismo… Parece imposible, porque estas cosas no pueden ser ciertas. Pero tengo la sensación de haberlo vivido.

—Cuenta, Elga. Te escucho —dijo él, interesado.

—Ese magnetismo lo produce un monstruoso ser pensante, Pe Mysen.

Él, con gesto inexpresivo, se acercó a ella y la asió por los brazos, apretándoselos con fuerza. La miró fijamente a los ojos y murmuró:

—Yo he tenido el mismo sueño, Elga.

—¿Cómo?

—Sí. He visto una luz muy potente que se apoderaba de Elgin y Miriam, metiéndose en sus cuerpos y en su cerebro.

—¡ Sí! —exclamó ella, muy excitada.

—Luego, cuando Jabrin y Dundee descendieron, la luz saltó también sobre ellos. Esa luz se llama Gkr.

—¡Oh, sí! ¡ Lo recuerdo! —gritó Elga, como enloquecida.

—Hemos tenido los dos el mismo sueño, a pesar de que tú estabas inconsciente y yo sólo dormido… ¡Y es porque alguien o algo nos lo ha dicho mientras dormíamos!

Ahora, Pe Mysen soltó a Elga y retrocedió. Pero no dejó de mirarla.

—Eso… Gkr, o como sea —habló Elga—, quiere apoderarse también de nosotros y de la nave, para que le llevemos a «Tierra-2» y poder llegar a nuestro mundo… ¡Desea exterminamos a todos!

—¿Quién ha podido influir en nuestro pensamiento, Elga?

—¡ Los árboles! —respondió ella.

Mysen no respondió.

—Los árboles no hablan, pero piensan, Pe Mysen. Ellos son lo que queda de la antigua raza que pobló este mundo. Fueron exterminados por Gkr, quien les arrebató la inteligencia y la movilidad, dejándoles sólo ese aliento inmóvil que han conservado, enraizados en la tierra, a modo de conducto neutro o protector, contra el que el monstruo no puede.

—¡ Es increíble, Elga! ¡ Son seres vivientes que subsisten de un modo extraordinario, como si fuesen plantas, después de haberlo perdido todo! ¡Gkr no pudo eliminarlos del todo! ¡Aquí hay fenómenos naturales muy extraordinarios!

—Fiemos de salvar a nuestros compañeros… Debe existir algún medio… ¿Funciona la radio?

—No —contestó Mysen—. Desconecté incluso lasbaterías. Había pérdida de fluido. Pero podemos conectarlas de nuevo. Tal vez nos permita saber algo de ellos.

—Yo arreglaré la radio, Pe. Ayúdame a levantarme.

—Deberías quedarte aquí y descansar.

—¡Éste no es momento para descansar! ¡Ah, dame algo para sujetarme el brazo! El pañuelo rojo… Eso.

Mysen sacó de un armario un pañuelo de seda artificial, que anudó al cuello de la joven, de modo que pudiera mantener el brazo sobre el pecho. Luego, la ayudó a incorporarse, sosteniéndola sobre el

inclinado suelo de la nave.

—¿No deberíamos tomar algo? Es preciso recobrar fuerzas —observó Mysen.

—Sí, tomaré un emparedado y Café. Estoy pensando en que los otros habrán consumido sus reservas alimenticias.

—Estoy muy preocupado por ellos —habló Mysen, entrando en la cabina que les servía de cocina, y donde estaba la máquina capaz de servirles en pocos segundos lo que pidieran.

Por suerte, el alimentador funcionaba con baterías propias, y les sirvió lo que pidieron. Una vez hubieron reparado fuerzas, pasaron a la cabina de mando.

Al conectar la red eléctrica general, Mysen comprobó que la radio funcionaba también. Con mano trémula, tomó el micrófono y llamó:

—¿Elgin, puedes oírme?

—¡ Sí! —gritó el otro, casi en el acto—. ¡ Gracias a Dios! ¡Le dábamos por muerto! ¿No se ha estrellado la nave?

—Sí, Elgin. ¿Y los otros?

—Estamos bien… ¡Nos da una gran alegría! ¿Qué ha ocurrido?

—Tuvimos un accidente. Luise murió electrocutada y se averió el circuito de ingravidez. Tuvimos que ponernos en órbita mas como estábamos a baja altura, no fue posible alcanzar una posición de seguridad. Habríamos muerto, si, en el último instante, no accionamos los motores de frenado.

—¿Dónde estáis? ¿Hemos estado tratando de localizaros?—habló Bill Dundee.

—Pues no lo sé. Elga está conmigo. Hemos caído en uno de esos bosquecillos de árboles rojos.

¡ Una exclamación casi bestial llegó a oídos de Mysen y Elga, pronunciada por una voz que en nada se parecía a la de sus compañeros!

—¿Qué ocurre? —gritó Mysen.

Fue Miriam la que dijo:

—¡Debéis salir de ahí! ¿Y la nave?

—¿Quién ha lanzado ese alarido? —preguntó Mysen.

No hubo respuesta.

—¿No me oís? ¿Contesta, Elgin? ¿Qué os ocurre?

—¡ Tenéis que abandonar inmediatamente la proximidad de esos árboles! —añadió, excitadamente la voz de Miriam.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

La comunicación se cortó definitivamente y, por muchos esfuerzos que hicieron Elga y Mysen, no fue posible volver a conectar con sus camaradas.

—No lo entiendo… ¿Qué han querido decir?

—No hablan ellos —dijo Elga con tristeza—. Es el monstruo quien les hace hablar… El alarido procedía de él.

—¿El ser luminoso?

—Sí. Es posible que destruya a los cuatro. Ya no puede utilizarnos para salir de este planeta, a menos que piense en un posible rescate. Desde luego, los árboles no pueden ser muy buenos amigos… ¡ Es muy extraño todo lo que ocurre aquí!

* * *

Para Elgin, Dundee, Jabrin y Miriam la situación no tenía nada de extraña. Se habían reunido los cuatro, en el mismo lugar donde quedaron Elgin y Miriam.

—La nave partió sin que pudiéramos alcanzarla —había dicho Dundee—. Algo debió ocurrir inesperadamente.

—Sí —añadió Jabrin—, causamos alteraciones magnéticas en sus circuitos. Es inevitable. Gkr lo sabe.

¡Gkr estaba en los cuatro y ellos lo sabían, sin que pudieran hacer nada para sustraerse a él y evitar su influencia!

—La radio no funciona. Eso prueba que han debido estrellarse.

—La dirección que llevaban era tangencial y descendente. Posiblemente cayeron al suelo, lejos de aquí.

—Pero vendrán a rescatamos —observó Miriam.

—¿Y cómo vamos a vivir hasta entonces?

—No viviremos —respondió Miriam, a la que Gkr utilizaba como oráculo, aunque todos percibían en símismos las influencias mentales del monstruo magnético que les dominaba—. Estamos condenados a morir. Gkr nos dejará entonces. De nosotros sólo quedará la materia inerte… Nuestra inteligencia será absorbida por él.

Ninguno habló. Ni siquiera se atrevían a mirarse.

— ¿Y no podemos buscar la nave? ¡ Tal vez no esté destruida! —exclamó Jabrin, de repente—. O puede que sea posible reparar los desperfectos.

—Este planeta es tan grande como el nuestro —respondió Elgin—. Pasarían años antes de encontrarlos… Y sólo tenemos alimentos para unos días.

—Si la radio de la nave estuviese en funcionamiento…

—Sí, Miriam —atajó Dundee—. Eso nos serviría de guía. Localizaríamos a Elga y Mysen y ellos también caerían en poder de Gkr…

Bill Dundee se contrajo bruscamente, llevándose las manos a la cabeza, como si un intenso dolor se hubiera producido en su cerebro.

Los tres comprendieron la causa. Gkr mandaba en ellos y no les permitía siquiera tener un pensamiento propio de simpatía hacia su ex jefe. Gkr quería a Mysen y Elga. Quería la nave y la localizaría a su

debido tiempo. No tenía prisa.

—Podemos realizar un reconocimiento aéreo —observó Elgin, mientras Dundee se recuperaba lentamente de su especie de colapso cerebral—. Tenemos seis equipos retroimpulsores. Hay combustible para bastantes horas. Y, desde luego, la nave se alejó en dirección oeste. La vi perfectamente.

Todos sabían que era Gkr quien hablaba por boca de Elgin.

No tuvieron más remedio que ponerse de acuerdo y repartirse entre los cuatro una ancha franja de terreno, para luego, empleando los retroimpulsores, volar a baja altura en dirección oeste, siguiendo la trayectoria aproximada que había tomado la «Kobra-101».

Al no estar conectados con la nave espacial, les era imposible hablarse por medio de radios. Sin embargo, se entendían perfectamente por medio de la transmisión de pensamientos, dado que Gkr estaba simultáneamente en los cerebros de los cuatro.

—Por ningún concepto podemos acercamos demasiado a los árboles rojos —dispuso Gkr, dirigiéndose a sus «cautivos»—. Podéis sobrevolarlos, pero no descender a menos de cien metros.

—¿Qué ocurre con esos árboles? —preguntó Miriam.

—Nada —fue la respuesta mental de Gkr—. Vosotros haréis lo que os diga.

—Pe Mysen ha dicho que había caído dentro de uno de esos bosquecillos.

—¡ Lo sé! ¡Y tendrá que salir de allí! —replicó Gkr.

Miriam ya no pudo seguir argumentando. El sermagnético la privó del sentido de la curiosidad, dejándola únicamente con la voluntad de seguir volando, impelida por el retroimpulsor.

El primer bosquecillo de árboles rojos que hallaron en su camino fue meticulosamente escudriñado desde el aire. Como no descubrieron nada, continuaron hacia el oeste, viendo nuevos canales de agua verdosa,ruinas de ciudades, no tan grandes como la que habían explorado Elgin y Miriam, y hallaron nuevos hacinamientos de árboles.

Al fin, Bill Dundee avistó, en medio de una colonia arbórea, la línea plateada de la «Kobra-101». Al mismo tiempo, la descubrió también Gkr.

—¡Allí está! —gritó Dundee.

CAPÍTULO VII

Elga Kahta se había despojado del suéter plateado y estaba desnuda de cintura para arriba, sujetándose el brazo herido, en cuyo hombro aplicaba Mysen corrientes eléctricas con un cauterizador, a fin de fortalecer los ligamentos de la articulación.

Con frecuencia, la mirada de él se extasiaba contemplando los senos de Elga, quien se sintió halagada.

—¿Te gusto, capitán?

—No seas criatura, Elga —replicó él nerviosamente—. Éste no es el momento más oportuno para emociones sentimentales.

—Estamos solos —insistió ella con picardía—. Me preguntaba si soy capaz de impresionarte.

— Desde luego que sí. Admito que, como mujer, eres extraordinaria. Sin embargo, siempre he creído que en tu mente sólo existían fórmulas electrónicas.

—Las oficiales de radio también tenemos un corazón, Pe.

—A juzgar por tu aspecto externo, ese corazón debe ser muy bonito.

Elga le tomó el brazo, interrumpiendo la labor que él realizaba.

—¿Puedes olvidar lo ocurrido?

— No. Prefiero repasar todos los acontecimientos que han tenido lugar últimamente.

Se miraron intensamente. Elga entreabrió los labios.

—Si hay solución, vendrá de afuera —empezó a decir—. Mientras, deberías demostrarme que no te soy indiferente.

—¡Escucha! —exclamó él, dejando el cauterizador sobre la mesa y volviéndose hacia la ventana.

Elga tomó el jersey y se lo puso sobre la cabeza, con ayuda de una sola mano, dejando el brazo lesionado dentro de la prenda.

—¡ El zumbido de los retroimpulsores! —gritó Mysen excitadamente.

Elga se situó a su lado, ante la ventana panorámica, para mirar al cielo, mientras terminaba de colocarse el jersey.

—¡ Allí está! —gritó de nuevo Mysen—. ¡ Es Bill Dundee!

En efecto, sobrevolando el bosquecillo, una figura blanca, sostenida por el retroimpulsor, efectuaba un semicírculo, mientras señalaba hacia abajo, como indicando que había descubierto la nave.

—¡ Nos han encontrado! —exclamó Elga—. Y con él vendrá ese monstruo…

Pe Mysen abrió un cajón de la mesa y extrajo undesintegradorfotónico, que examinó brevemente. En sus facciones había una expresión resuelta.

—¿Qué piensas hacer?

—Defenderme, si nos atacan —respondió él.

—¿Y si son ellos? —insistió Elga.

Mysen no respondió. Pero con el arma en la mano, levantó la vista, hacia donde evolucionaba Dundee.

Al poco, Oscar Jabrin se unió a su compañero. Luego, ambos se alejaron y desaparecieron de la vista.

—Es raro. Han podido descender y no lo han hecho. Yo, en su lugar, habría venido directamente hacia aquí.

—¿Consumimos un poco más de energía, a ver si podemos establecer contacto con ellos? —preguntó Elga.

Sin responder, Mysen fue al cuadro de mandos y conectó el circuito eléctrico. Inmediatamente, observó que el magnetismo registrado en el magnetómetro había aumentado.

—¡ Están aquí! —masculló Elga entre dientes.

—Sí —dijo él, tomando el micrófono y conectando la radio—. ¿Puedes oírme, Dundee?

—Sí, perfectamente —contestó la voz del otro, muy grave—. Hemos encontrado la nave.

— He oído los retroimpulsores y te he visto evolucionando sobre nosotros —¿Por qué no os habéis acercado directamente?

—Escucha, Mysen —respondió Dundee—. Vas a hacer exactamente lo que voy a decirte. Abandona la nave y retrocede hasta salir de la protección de esos árboles.

—Estos árboles no son una protección —replicó Mysen.

—Haz lo que te digo. Hemos de estudiar el modo de rescatar la nave. No está muy estropeada y creo que puede ser reparada.

—¿Por qué no venís vosotros?

—No es posible, Mysen. Ni siquiera podemos explicarte lo que está ocurriendo. Tienes que salir de ahí y venir a terreno descubierto. No te pasará nada, te lo aseguro. Pero es necesario que lo hagas. Es preciso que estudiemos el modo de reparar la nave.

Mysen miró a Elga, la cual escuchaba en silencio, muy impresionada por lo que había oído.

—¿Es Gkr quien te impide acercarte? —preguntó Mysen.

—¿Cómo…? —La voz de Dundee se mezcló con una exclamación, que parecía proferida por Miriam, Elgin y Jabrin a un tiempo.

— Creemos que estáis dominados por un engendrode origen magnético. En esas condiciones, no podemos abandonar la nave —dijo Mysen.

Hubo un breve silencio entre los astronautas del exterior. Luego, habló Jack Elgin.

—Escucha, Mysen. Lo que ocurre no lo sé muy bien. Yo soy yo, y

no puedo engañarme. Pero algo nos ocurre a todos que no podemos tomar decisiones propias. Sé que mi deber es estar contigo. Y no puedo… Sea Gkr o cualquier influencia extraña, el caso es que necesitamos esa nave. Tenemos que repararla y tratar de llegar hasta «Tierra-2».

—Lo sé, Elgin. Gkr se ha propuesto abandonar esteplaneta y llegar hasta el nuestro. Nosotros no somos más que instrumentos dominados por su voluntad —explicó Mysen.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo he averiguado inconscientemente. No lo sé. Ha sido como una información transmitida en sueños. A Elga, que está aquí conmigo, le ha ocurrido lo mismo. No sabemos más, excepto que debemos sacrificarnos, si es preciso, antes de caer, como vosotros en manos de Gkr.

—¡ No podrás evitarlo, Mysen! —replicó Elgin.

—Sí. No pienso moverme de aquí. Tenemos alimentos y agua para bastantes días y presiento que, por algún motivo, vosotros ni Gkr podéis acercaros aquí.

—¡ Está bien, Pe Mysen! —habló Miriam en tono amenazador—. Veo que sabes muchas cosas… Esos malditos adoradores de «Ikxdna», que se adhieren al suelo buscando la protección protónica del planeta, se las han ingeniado para informarte. Los he descuidado demasiado. Creí que no se recuperarían jamás. Ya no son animales con autonomía propia. Se han transformado en plantas antimagnéticas y todavía piensan. Han debido desarrollar entre todas un rudimentario cerebro. Pero yo encontraré el medio de exterminarlas a todas… ¡Este mundo ha de quedar totalmente estéril y despoblado!

—¿Cómo es posible que los habitantes de este mundo, a los que tú eliminaste, hayan podido sobrevivir convirtiéndose en árboles? —preguntó Mysen.

—Hay horas en que mi energía disminuye. Cuando se pone Grf-Kdn y antes de salir la primera luna, debocondensarme para conservar mi vigor. Algunos debieron escapar entonces. Había seres muy sabios aquí cuando yo llegué, procedente del corazón de Grf-Kdn. Debieron huir al desierto y protegerse por medio de sondas subterráneas. Se alimentaban de tierra y sustancias diluidas bajo el suelo. Pudieron echar raíces y transformarse. Esos árboles se comunican entre sí por medio de las raíces. Y en alguna parte, bajo el terreno, han debido crear una mente común.

»Ahora no me cabe duda. Siempre que me he acercado a ellos, he sentido la repulsión antimagnética que me ha obligado a retroceder. No podía comprenderlo, pero ahora lo entiendo.

—¿Cómo eran estos seres antes de ser atacados por ti? —preguntó Mysen, impresionado por el relato.

—No se parecían en nada á vosotros —continuó diciendo Gkr, por boca de Miriam Lappa—. Patas cortas, con muchos dedos en semicírculo, a través de cuyos poros se alimentaban del suelo. Un tronco arboriforme y cabeza pequeña, provista de frondosa cabellera. Eran rojos, como son ahora esos árboles. Carecían de boca, pero tenían ojos bajo la piel. No se levantaban más de un metro y medio del suelo y del tronco le salían seis o siete brazos, a modo de ramas, con ramitas flexibles más pequeñas, con las que trabajaban.

—¿Y cuánto tiempo hace que desaparecieron o empezaron a convertirse en árboles?

—Muchísimos años. No puedo precisarlo… Diez o quince mil años. La hierba era verde entonces. El agua de los canales estaba transparente y limpia. En los cascos polares había hielo que se fundía en verano casi en su totalidad, llenando los canales.

»Los adoradores de “Ikxdna” comían tierra con los pies y se metían en los canales a beber. Allí estaban pocas horas y luego trabajaban construyendo sus viviendas. Eran pensadores muy profundos y resolvían difíciles problemas físicos y metafísicos. Su única función, aparte de construir viviendas y ciudades y de reproducirse sembrando ramitas tiernas en el suelo, que al convertirse en adultas se desprendían y adquirían autonomía propia, era la de pensar, lo que hacían entre muchos a la vez.

»Yo les arrebaté la inteligencia y sequé sus cuerpos. Murieron a millones. Con el saber de todos ellos, me hice mi propia razón. Ahora poseo un cerebro prodigioso, que necesito ampliar o terminaré consumiéndome yo mismo, porque gasto una enorme cantidad de energía que recibo de Grf-Kdn, que es el sol que nos alumbra ahora.

»Todos los cerebros pensantes contienen un fluido magnético de gran poder vital, que es lo que yo necesito. Vosotros seis poseéis una cantidad insignificante, que no soluciona mi problema. Pero sé que representáis a una raza muy numerosa. En vuestro mundo hay millones de seres como vosotros. Y eso es lo que yo busco. Una vez que me haya apoderado del fluido vital de vuestra raza, seré mucho más poderoso. Incluso podré desplazarme en el vacío estelar, vencerla fuerza de gravitación y alcanzar mundos distantes, donde existen seres de otras razas, con las que continuaré agrandando mi fuerza protónica.

Estas últimas palabras, pronunciadas por boca de Miriam, llegaron débilmente a través de la radio de a bordo. Mysen sabía que las baterías estaban casi descargadas y la energía era muy débil. Pero no quería cortar la comunicación debido al magnetismo hipnótico de aquellas palabras.

Jamás había escuchado Mysen una historia más impresionante y sobrecogedora. Aquello sobrepasaba de modo increíble todo cuánto

había escuchado él en la Escuela de Astronáutica, donde les enseñaban que todo era posible en los mundos del Universo.

¿Era posible que existiera un ser luminoso, de incalculable fuerza protónica, capaz de destruir una raza de seres plantas?

* * *

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Elga, cuando él cerró la comunicación radiofónica.

—¿Hacer? Nada, Elga. ¿Qué podemos hacer contra eso?

—Pero lo que tú llamas «eso» tampoco puede hacer nada contra nosotros.

—Así parece. Caer entre estos árboles vivientes nos ha servido de ayuda. ¿Qué fenómeno existe en todo esto para que Gkr no pueda acercarse a los árboles?

—Todo gira en tomo al magnetismo electrónico, Pe —replicó Elga—. Gkr posee un gran poder. Los antiguos habitantes de este planeta debieron hallar el modo de defenderse. Si Gkr desapareciera, esos árbolespodrían recobrar su movilidad y regresar a sus ciudades.

—No parecen ser lo que eran —dijo Mysen, mirando los extraños árboles de sangre caliente—. Ahora están quietos. Cuando sale la primera luna, se agitan sus hojas, como si hablasen con gestos. Y, desde luego, poseen inteligencia.

—Sí, es seguro. De lo contrario no habrían podido influir en nuestros subconscientes, explicándonos lo que ocurre. Si de alguien podemos esperar ayuda, es únicamente de ellos.

—Lo mismo pienso —contestó Mysen—. De la «Tierra-2» sabremos algo dentro de varios meses. Y no es conveniente que vengan a socorrernos en estas circunstancias. Casi es preferible…

El capitán de la «Kobra-101» optó por no decir lo que estaba pensando. Sin embargo, Elga Kahta le entendió perfectamente y no se asustó de decirlo:

—Debemos morir antes de consentir que Gkr salga de este mundo. Por mí no te preocupes, Pe Mysen. Y de los otros tampoco debemos preocuparnos, pues nada podemos hacer por ellos.

—Hay algo que me hace pensar. Gkr tiene horas débiles. Dicen que al ocultarse el sol y antes de salir la primera luna, su energía le hace replegarse sobre sí mismo. ¿Qué ocurre entonces?

—Dundee y Jabrin, ya dominados por él, querían penetrar en la nave precisamente en el momento en que el sol se había puesto —observó Elga.

—Sí. Debieron hacerlo en ese momento, para que nosotros no pudiéramos detectar su radiación magnética. Con el día, Miriam y Elgin nos fundieron el cuadro de mando. Pero había radiación en la oscuridad.

—Sí, aunque muy inferior.

—Eso quiere decir que Gkr es vulnerable en la oscuridad… ¡Y la oscuridad revive a los árboles rojos! ¿Ves alguna analogía?

Elga negó con la cabeza.

—No estoy versada en ciencia de R.C. 2404. Necesitaría conocer más a fondo el problema.

—Hay más. Los árboles impiden acercarse a nuestros compañeros, en los que está Gkr. Éste es un buen refugio, por tanto. Pero nosotros podemos salir de aquí en la oscuridad.

—¡No te lo aconsejo! En la oscuridad, lo que yo haría es tenderme a dormir, en la esperanza de que los antiguos adoradores de «Ikxdna», como ha dicho Miriam, nos informen de más cosas. Ese Aquiles debe tener un talón…

—¡ Lo tiene! —exclamó Pe Mysen, de repente, iluminándose su rostro—. Si la oscuridad le afecta y necesita alimentarse de los rayos del sol, nosotros podemos crear una barrera artificial entre él y la luz.

—¿Cómo?

—Formando una densa nube negra en el cielo. Aquí no hay viento, que la arrastre…

—Pero ese monstruo se irá a otra parte. Y no es posible hacer una nube que cubra todo el cielo del planeta.

—¡Mejor si se marcha! Mi plan no consiste sólo en eso… Esta noche, con granadas letárgicas, atacaremos a nuestros propios compañeros. Les daremos unabuen ración de inmovilidad para que se mantengan dormidos durante varios días.

»Almismo tiempo, utilizando los retroimpulsores que tenemos, esparciremos una densa nube de escasa gravedad… Óxido de sodio, por ejemplo, al que mezclaremos carbono diluido. Será la nube más negra que haya visto, e impedirá los rayos del sol.

»Gkr no tendrá más remedio que marcharse, dejando libres los cuerpos de nuestros compañeros, a los que traeremos aquí, bajo la protección de los árboles.

—¡Hum! Me parece demasiado sencillo. El único peligro que veo es si nos sale mal la operación y caemos en poder de Gkr.

—Si por temor a morir no hemos de luchar por la vida, no merece la pena vivir —replicó Mysen secamente.

—Está bien. ¿Preparamos nuestra nube?

Fueron al departamento inferior, que estaba dividido en laboratorio y almacén de víveres. Allí también guardaban los equipos de vacío exterior y los retroimpulsores, de, los que cada tripulante de la nave tenía uno, más dos que se conservaban de repuesto y que habían sido utilizados por Dundee y Jabrin.

Como Elga apenas podía mover el brazo, fue Mysen quien realizó el trabajo, tomando dos botellas de aire y colocándolas en el

cuello del compresor. Recurrió entonces a una mezcla de óxido de sodio y carbono, todo lo cual mezcló convenientemente e introdujo luego en las botellas a alta presión, para lo que tuvo que accionar a mano el compresor durante más de una hora.

Cuando lo tuvo todo preparado, llevó las botellas a la plataforma superior, donde realizó una pequeña prueba, que dio resultado óptimo. Después, de un armario de la cabina de mando, sacó una lanzagranadas y comprobó su funcionamiento, tomando luego también dos proyectiles de una caja metálica de seguridad.

—Con esto, nuestros compañeros quedarán insensibilizados. Gkr no podrá hacerles moverse por sí mismos. Y si la nube le obliga a retirarse, en busca de los rayos del sol, los habrá de dejar.

—¿Y si no los deja? —preguntó Elga—. Gkr sedará cuenta de nuestra argucia. En venganza, puede matar a los cuatro.,

—No creo que tenga muchas energías magnéticas cuando se dé cuenta de nuestros propósitos. La fuerza de Gkr está en la luz que recibe del sol. De todas formas, hemos de correr ese riesgo.

—Tú eres el responsable. ¿Me necesitarás para formar la nube?

—No estás en condiciones de hacer nada. Será mejor que descanses.

—Iré a la sala de máquinas. Con una mano puedo tratar de localizar la avería eléctrica.

—Yo repasaré los desperfectos causados en la nave. Veré que se puede hacer. Creo que la situación no es tan desesperada como creemos.

—Tengo mucha confianza en la plancha de iridio del fuselaje —declaró Elga—. Y todo lo que se pueda arreglar de aquí dentro, no es difícil.

Pe Mysen tomó el rostro de Elga con una mano y la besó en los labios, sonriendo:

—Eres adorable, Elga. Si salimos bien librados de ésta, puede que me enamore de ti.

—Muy amable. Te lo agradeceré —contestó ella burlonamente.

Con un cariñoso golpecito a la mejilla de ella, Mysen se alejó hacia la escotilla de salida. No sin echar antes una ojeada en tomo suyo, saltó al exterior y fue hasta donde la proa se había casi incrustado en el suelo. La savia roja de los árboles destruidos se había cuajado ya y no ofrecía aspecto tan siniestro. Sin embargo, comprobó que la nave no estaba muy deteriorada. El sacrificio de los árboles de savia caliente, amortiguando su caída, les benefició mucho.

CAPÍTULO VIII

El capitán Pe Mysen se daba perfecta cuenta del riesgo que corría abandonando la nave ataviado con un equipo espacial y llevando las dos pesadas botellas de óxido de sodio y carbono, cada uno de los cuales pesaba más de veinte kilogramos.

Se había colgado también del cuello el arma lanza-granadas. Todo lo llevaba colocado de tal forma, sujeto con correas, que le dejaba las manos libres para poder accionar el retroimpulsor y manejar el lanza-granadas.

Primero se remontó a una altura de quinientos metros por encima del lugar donde se hallaba la «Kobra-101». Después necesitaba localizar el sitio donde se encontraban sus compañeros, a los que no pudo llamar por radio, por carecer de energía eléctrica. Precisamente Elga se había quedado en la nave, tratando de reparar aquella importante y vital avería.

Mysen suponía que sus compañeros no debían encontrarse lejos. Y en la oscuridad no sería fácil localizarlos. Pero se había provisto, también, de una potente linterna eléctrica a pilas, accionada con una lámpara blanca de cuarzo, lo que le permitía registrar el suelo.

Aquello también significaba otro riesgo, puesto que Gkr le localizaría y, posiblemente, trataría de atraparle, recurriendo a toda su energía magnética. Pero Mysen no le daría muchas facilidades, quedándose quieto. En la rapidez de sus movimientos alados cifraba la clave de su éxito.

Cuando estuvo a suficiente altura, consumiendo gran cantidad de combustible, debido al peso que llevaba consigo, se dirigió hacia el este, hasta rebasar la línea de los árboles rojos. A partir de aquel instante, encendió seis veces exactamente la lámpara de cuarzo y girando en círculos concéntricos, para abarcar mayor radio de acción. Como había calculado, la luz iluminaba perfectamente el terreno cubierto de hierba amarilla.

A la sexta vez captó la presencia, entre la hierba, de sus cuatro compañeros, cuyos trajes blancos les delataron. Y pudo ver cómo alguno de ellos se colocaba rápidamente el retroimpulsor, con el evidente propósito de remontar el vuelo y ascender hacia él.

Pe Mysen apagó inmediatamente la luz y efectuó dos disparos con el lanzagranadas, pudiendo ver los proyectiles estallar en tierra, con una llamarada azul, cerca de donde se encontraban sus compañeros.

Después, abrió la espita de la primera botella de óxido de sodio y colocó el retroimpulsor en una posición adecuada para permitirle iniciar una serie decírculos en espiral, cada vez más amplios, mientras

la botella iba dejando salir un denso humo negro, formando así la espesa nube protectora.

Al agotar la primera botella, abrió la segunda sin interrumpir su vuelo en espiral. Estaba temiendo que, de un momento a otro, algo pudiera asaltarle. Pero no ocurrió nada y pudo realizar su trabajo con toda comodidad.

Al acabarse el contenido de la segunda botella, Mysen había dado tantas vueltas sobre sí mismo que le era imposible orientarse. Tuvo que situar el retroimpulsor en posición intermedia, mantenerse fijo en el aire y tratar de localizar las estrellas que le servían de referencia.

Era imposible mirar hacia abajo porque la nube de óxido de sodio cubría completamente un área de varios kilómetros de superficie y la luz de la lámpara, pese a encenderla, no atravesaba la cortina de humo.

Sus compañeros debían encontrarse exactamente debajo de la nube artificial y, sin duda, los efectos de las dos granadas paralizantes los habría derribado.

Nada podía hacer por ellos en aquel instante, ni entraba en sus planes acción alguna secundaria, después de lo que había realizado. Se trataba, pues, de regresar a la nave y esperar los acontecimientos que tendrían lugar en cuanto saliera el sol.

Así, cuando creyó saber cuál era la dirección de regreso a la nave, se desprendió de las dos botellas vacías y, como una saeta, descendió vertiginosamente, cruzando la nube. Encendió la lámpara y descubrió, con gran alivio, que no se había equivocado.

Exactamente debajo de él estaban los árboles, cuyas hojas se agitaban ahora vivazmente, como la noche anterior, cuando efectuaron ex aterrizaje forzoso.

Instantes después, localizaba también la nave, al extremo del surco entre los árboles, hacia la que se dirigió apresuradamente. Apagó el retroimpulsor un metro antes de llegar al suelo y luego cayó a tierra.

Empezó a quitarse el casco mientras avanzaba hacia la escotilla, que estaba entreabierta, como él la dejó. Pero le causó extrañeza no ver a Elga esperándole.

Una vez se hubo quitado el casco, llamó:

— ¡ Elga! ¿Dónde estás?

No obtuvo respuesta y se inquietó.

Entró en la nave, que estaba completamente a oscuras. Se dirigió al salón y encendió un instante la lámpara que colgaba de su pecho. Allí vio a Elga, sentada en una butaca, dormida.

Se le ocurrió regresar a la escotilla y la cerró. Ignoraba que Gkr podía penetrar a través de los espacios intermoleculares del fuselaje.

Pero se sintió más seguro con la compuerta cerrada.

Entonces, procedió a quitarse el traje espacial, para poderse mover con más facilidad. Cuando lo hubo hecho, se dirigió a la cocina y se sirvió un café, con el que regresó junto a donde Elga estaba dormida y se sentó a su lado.

Allí, a oscuras, estuvo un rato escuchando la débil respiración de su compañera, a la vez que trataba de captar algún sonido del exterior.

Sin terminar la taza de café, se quedó dormido.

* * *

— Gkr puede destruir a vuestros amigos. En estos momentos de oscuridad, sus energías son mínimas, pero suficientes para acabar con todos ellos, si lo desea.

»En realidad, sabemos que está desconcertado. La nube negra que cubre el cielo tiene para él un significado extraño. Trata de averiguar las razones y el objetivo de esa maniobra.

»Le ha sorprendido mucho lo que, al principio, ha creído como la muerte de los seres que tiene dominados, quienes han caído al producirse las explosiones azules.

«Nosotros hemos observado todo lo ocurrido y también nos sorprende. Suponemos, sin embargo, que, como seres inteligentes que sois, de una raza super-técnica, tendréis medios científicos para solucionar el problema.

»Es la primera vez que vienen seres como vosotros a este planeta. En otras circunstancias y tiempos, nos habríamos alegrado infinitamente al veros llegar. Por desgracia, nuestro mundo ya no nos pertenece. Gkr se ha adueñado de todo con su maligna presencia y nosotros hemos tenido que recurrir a nuestro origen ancestral para poder sobrevivir, sujetos al poder antimagnético del suelo.

»A nosotros también nos da vida Grf-Kdn. Es muy importante ese astro caliente para nuestro desarrollo vital.

»Ya hemos cicatrizado las heridas que nos habéis causado involuntariamente. Al principio, fue muy doloroso, aunque comprendimos que no fue culpa vuestra. Caísteis aquí, como pudo haber ocurrido en otro lugar. En cierto modo, fue una suerte para vosotros. En otra parte, Gkr os habría capturado sin perder un instante y ahora os estaría dando instrucciones para reparar la nave.

»Es un problema para él llegar hasta este lugar. Nosotros formamos una barrera a su magnetismo protónico. Debe haber estudiado la posibilidad de dejar libres a sus cautivos, a fin de que vengan aquí y os ayuden a reparar la nave. La situación, tal y como está planteada, no le favorece en nada. Vuestros compañeros terminarán por enloquecer o morir, y en nada se habrá beneficiado.

»Vosotros dos, por ningún concepto, debéis salir de aquí, único lugar donde estáis seguros, fuera de su alcance. Aunque no sabemos el tiempo que podéis resistir, suponiendo que vuestros organismos no son semejantes a los nuestros.

«Realmente, poco podemos hacer por ayudaros, excepto daros protección. Aquí, nada debéis temer de Gkr. No puede alcanzaros porque nosotros se lo impedimos. Si eso os beneficia u os perjudica, sólo vosotros podéis saberlo.

«Os explicamos todo esto para que hagáis vuestros cálculos. Pensamos que os puede ser útil saberlo, como debéis saber también que, llegado su momento, no sabemos cuándo, Gkr tendrá que ir a introducir sus rayos magnéticos en el canal más próximo. Necesitaese estímulo, de lo contrario terminaría por dañarse a sí mismo.

»A veces, está dentro del canal unas horas. Otras se sumerge allí y permanece largo tiempo, sin moverse. Para él, que no necesita más alimento que los rayos calientes de Grf-Kdn, esta impresión equivale a una saturación electroquímica, o a un sedante a su tensión.

»En ese período de tiempo es posible burlarle. En otros momentos, no, dado que puede desplazarse a velocidad vertiginosa y alcanzar su objetivo en pocos segundos. No es un ser de carne y hueso, sino un individuo lumínico, formado dentro de la ingente masa radiactiva de Grf-Kdn, de la que se desprendió en una violenta erupción.

»En realidad, es un engendro antinatural. Nosotros hemos tratado de averiguar a qué ley física obedece y no hemos hallado resultado positivo alguno. Deducimos que es como una aberración de la energía fotónica, un fuera de serie, inclasificable, monstruoso y maligno en elevadísimo grado.

«También confesamos que vuestra llegada nos ha hecho concebir esperanzas. Nosotros estamos en contacto con todas nuestras colonias del planeta. Nuestras raíces o tentáculos subterráneos se han ido extendiendo durante siglos y ahora formamos algo así como una sola colonia, con reducidos núcleos pensantes, que son vestigios de nuestra antigua capacidad intelectual. Hace siglos, cualquiera de nosotros, poseía el poder pensante que ahora no reunimos ni mil de nosotros. Esto es debido a que Gkr se apropió de nuestras mentes,

«Ignoramos dónde la alberga, dado que carece de cuerpo. Debe ser su núcleo central y antimaterial lo que retiene el poder mental, dado que la inteligencia no es una sustancia, sino una esencia. Todo él es luz impalpable, penetrante y candente. En torno suyo se forma calor.

»Ese calor debe suavizarlo frecuentemente, como os hemos dicho, por inmersión en cualquier clase de líquido. Sin embargo, durante la descalorización, la energía magnética que desprende

envenena el líquido moderador. De este modo, nuestra canalización se ha convertido en un ácido altamente corrosivo que, de continuar su creciente grado, terminará por corroer el cemento de los canales creados por nuestros antepasados y el suelo, que es nuestro alimento, absorberá el ácido, con lo que corremos un terrible peligro.

»Es natural que nos interese la marcha de Gkr de este planeta. Ello nos daría la posibilidad de sobrevivir, pasados algunos siglos, durante los cuales trataríamos de desarraigarnos y recobrar nuestra movilidad. Sería posible entonces buscar el medio de purificar las aguas y rehacer nuestras ciudades. El fenómeno jamás se volvería a producir, puesto que es absolutamente improbable que Grf-Kdn vuelva a estallar y nos envíe otro ser luminoso y antimaterial como Gkr.

«Repetimos, nos interesa librarnos de él, pero no a cambio de sacrificar vuestra raza. Eso va en contra de nuestra propia conciencia natural. En nada os parecéis a nosotros, ni nos unen ninguna clase de lazos naturales, excepto el contar con un enemigo común.

«Tampoco queremos vuestro sacrificio para salvarnos nosotros. Va contra la ética y la moral. El enemigo es más nuestro que vuestro. Ya nos hemos habituado a él y podemos subsistir.

»Lo ideal sería transportarlo a un lejano y oscuro mundo desierto del que no pudiera salir jamás. Pero eso no va a ser fácil en las actuales circunstancias. Cualquiera de nuestras lunas sería ideal. Más, ¿cómo llevar a Gkr a ellas? Si fuese posible reparar vuestra nave y embarcarle sin peligro…

* * *

—¡ Si fuese posible embarcarle en la nave, sin peligro ! —exclamó Pe Mysen, despertando.

La oscuridad era tan completa que tuvo la impresión de que aún era de noche.

Miró a Elga Kahta, todavía dormida, y rememoró todo lo que creía haber soñado, cuyas ideas o palabras estaban aún vibrando en su mente.

¡Le habían vuelto a hablar los árboles rojos!

Al mirar el reloj eléctrico vio que había dormido nueve horas. Por lo tanto, debía ser ya de día.

—¡ La nube intercepta los rayos del sol! —exclamó.

Corrió hacia la cabina de mando y pudo contemplarel maravilloso espectáculo de la negra nube suspendida en el cielo, en un gran radio de acción.

—¡ Gkr debe estar casi impotente! Mas ¿cómo saberlo? ¿Por qué no me lo han dicho los árboles? ¿Qué está ocurriendo allá? Si Elgin, Miriam y los otros están inconscientes, no contestarán a mi llamada. Aúnpuede quedar la suficiente energía para realizar otra llamada.

Sin embargo, se equivocaba. No había electricidad en las baterías. Elga no pudo terminar su reparación.

Regresó al salón y despertó a su compañera, quien sufrió un sobresalto.

—¡Oh, Pe! ¿Qué ocurre…?… Estaba oyendo hablar a los árboles.

—Yo también. La nube ha dado resultado. Los rayos del sol no la atraviesan.

—¡Lo sé! ¡Y Gkr ha abandonado a nuestros camaradas, yéndose a la luz!

—¿Eh? ¡Eso no me lo han dicho…!

—Me lo acaban de decir un instante antes de despertarme.

—Entonces…

—¡ Podemos ir a buscarles! ¡ No hay peligro!

Mysen vaciló.

—Me han hablado largamente de Gkr… Lo recuerdo todo perfectamente. Desperté cuando me sugirieron que lo ideal sería meterle en la nave y enviarle a un planeta o a la luna más próxima.

—¡ Eso también me lo han dicho a mí! —replicó Elga.

—Desperté entonces y no pude seguir escuchando más. Pero tú continuaste durmiendo.

—Sí. Y luego me dijeron que Gkr se había ido, dejando libres a nuestros cuatro camaradas. Pero no saben si les ha causado daño alguno. Yacen todos en tierra, entre la hierba amarilla.

—¡ Puede que estén inconscientes a causa de lasgranadas! Los efectos son prolongados… Atiende, Elga; voy a ir a traerlos. No tengo otra solución. Espero que vivan.

—¿Y si… están muertos?

—Nos habremos quedado solos, Elga. Pero saldremos de aquí. Y encontraremos el medio de llevarnos a Gkr. Me bulle en la cabeza que siendo luz, energía y magnetismo, debe existir algún modo para «capturarle»… ¿Se le podría meter en un condensador?

Elga miró a Mysen con ojos muy abiertos.

—¿Qué disparate se te ha ocurrido?

—No lo sé. Es una idea. Aguárdame aquí. Iré a buscar a ésos. Los traeré de uno en uno. Si no vuelvo antes de media hora…

—¡ Oh, Pe; me volvería loca si me dejas sola! —exclamó ella, echándole los brazos al cuello.

Él la abrazó también, besándola intensamente durante varios minutos. Luego, la soltó, dio media vuelta y fue a ponerse el equipo espacial para salir al exterior.

Elga le ayudó a vestirse y le sujetó el retroimpulsor a la espalda. Observó que Mysen tomaba el desintegrador fotónico.

—¿Para qué llevas eso? —preguntó.

—No lo sé… ¡Tal vez tenga que matar a nuestros camaradas!

CAPÍTULO IX

La aguja del magnetómetro no se movió en absoluto, cuando Mysen descendió sobre el lugar donde yacían sus compañeros, tendidos todos en singulares posturas.

Elga le había sugerido llevarse el aparato para comprobar si existía inducción magnética.

Vio que todos tenían los casos quitados.

Descendió junto a Miriam, detuvo el retroimpulsor y se arrodilló a su lado, tocándole la mejilla. Con alivio, comprobó que la joven respiraba y su pulso era casi normal.

Para no correr riesgos, ni perder tiempo, levantó a Miriam y la condujo al lugar donde empezaban los primeros árboles. Regresó y trasladó a Elgin. Llevar de uno en uno a la nave y volver le habría empleado mucho más tiempo. Así ponía a sus amigos a salvo, por si regresaba Gkr, y luego tenía tiempo suficientepara llevarlos a la nave, donde tenía medios suficientes para reanimarles.

El último fue Jabrin, al que tendió bajo uno de los árboles, junto a Dundee. Luego, sabiendo que Gkr no llegaría hasta allí, se echó a Miriam al hombro, puso en marcha el retroimpulsor y, por encima de de los árboles, cuyas hojas se movían ahora, en la penumbra producida por la nube sombría y artificial, se dirigió a donde estaba la nave espacial.

Elga salió al exterior, para ayudarle, y entre ambos trasladaron a Miriam a su propia cabina.

—¿Y los otros? —preguntó Elga.

—Los he dejado bajo los árboles. Si Gkr va a recobrar energías al sol y regresa, no se acercará a ellos.

—¿Están bien?

—Como ella… Efectos de las granadas.

—Puedo darles una inyección de codamida.

—Hazlo. Hasta que no hable con ellos no estaré tranquilo. Voy a buscar a Elgin.

Mientras Elga iba al botiquín, Mysen regresó al lugar donde había dejado a sus compañeros, volando con el retroimpulsor por encima de los árboles.

Le pareció que las hojas se agitaban en su honor, saludándole.

Encontró a sus compañeros donde los había dejado. Levantó a Jack Elgin, pensando:

«Hago buen trabajo, si Gkr continúa dentro de ti, Jack».

No podía estar seguro de que esto no fuese cierto. La presencia de Gkr dentro de sus compañeros de viaje era impalpable. Podía estar allí, como si fuese un virus o una enfermedad.

La verdad la sabría cuando ellos hubiesen recobrado el sentido y pudieran hablar.

Y, precisamente, al regresar con Jack Elgin, Miriam Lappa ya había recobrado el conocimiento, gracias a la inyección de codamida que le había aplicado Elga.

Las dos mujeres estaban en el salón, hablando excitadamente.

Al entrar Mysen, con Elgin al hombro, Miriam exclamó:

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué haces esto?

—¿Qué querías que hiciera?

—¡Oh, capitán; esto significa el fin! ¡Estamos dominados por…

—¿Por quién?

Miriam se detuvo, observando como Mysen dejaba a Elgin en una butaca.

—Dale otra inyección, Elga.

—¡Es una luz, un ser extraordinario, monstruoso, con un poder incomprensible…! —Miriam se detuvo, como sorprendida.

—¿Qué te ocurre, Miriam? —preguntó Elga.

—No lo sé… Estaba hablando como si estuviese en mi mente… Pero algo ha cambiado.

—Esperaba que me dijeras eso —habló Mysen.

—¿Cómo… ?¿Qué…?

El desconcierto de Miriam hizo sonreír a Mysen.

—Ya no estás en poder de Gkr.

—¿No?

—No.

—¿Cómo ha sido?

—Os ha dejado para ir a la luz.

—Pero… Vimos alguien volar sobre nosotros, provisto de una lámpara. Gkr nos ordenó ir a buscarle. Nos levantamos, preparamos los retroimpulsores y…

—Era yo, Miriam. Os lancé dos granadas letárgicas.

—¡Oh, sí, es cierto!

—Exactamente. Os quería inmovilizar.

Mysen explicó lo que había hecho, y terminó:

—Como imaginé, al hacerse de día y no recibir los rayos del sol, Gkr os abandonó. Era incapaz de llevaros consigo. Y él necesitaba revivir. La oscuridad para él es como para nosotros unas semanas sin alimentos.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Me lo han dicho los árboles.

—¿Los árboles?

Ahora fue Elga quien narró los extraordinarios sueños, durante los cuales recibían información de los árboles de sangre caliente. Miriam quedó atónita.

—Voy a buscar a Dundee. Inyecta también a Elgin. ¿Cómo te sientes, Miriam?

—Aturdida. ¿Qué debo hacer?

—Primero, comer algo. Luego, tenemos que buscar el medio para reparar la nave. Además, hemos de preparar un condensador de alto voltaje. Primero, la nave ha de funcionar. Eso es esencial. Luego, necesitaremos el condensador.

—¿ Para qué?

—Quiero capturar a Gkr.

* * *

El último en recobrar el conocimiento fue Jabrin. Los otros estaban comiendo emparedados de carne. Parecían haber olvidado la terrible aventura pasada..

—¿Qué ocurre aquí?

Le tuvieron que explicar detalladamente lo sucedido. La nube le maravilló, pero cuando le dijeron que los árboles, enemigos de Gkr, les protegían, casi saltó en su asiento.

—¿Árboles pensantes?

—Sí, éste es un mundo raro —dijo Mysen.

Estupefacto, Jabrin miró a todos sus compañeros.

Elga le ofrecía una taza de café.

—Sí, gracias… ¡Pero no tiene sentido!

—Gkr es un ser sin sentido, pero real. Es energía magnética. No debemos tratar de comprenderlo.

—¡Estaba dentro de mi cerebro! —exclamó Jabrin.

—Sí, dentro de ti. Os abandonó cuando necesitó ir a buscar rayos fotónicos. La nube negra fue un golpe bajo. Y, desde luego, no os podía obligar a seguirle, porque estabais inconscientes.

—¡Extraordinario!

Mientras desayunaban, cambiaron impresiones acerca de todos los misteriosos fenómenos vividos. Luego, Mysen empezó a dar órdenes.

—Hay que reparar la nave. Y a eso dedicaremos todo nuestro esfuerzo.

—¿Y la pobre Luise?

—Nada podemos hacer por ella, Miriam. Ni siquiera podemos darle sepultura. Excavar una fosa eneste lugar es causar daño a los árboles. Y se han comportado muy bien con nosotros.

«De momento, la dejaremos dónde está. Es preciso reparar todos los desperfectos. Elga se cuidará de la parte eléctrica. Jabrin se cuidará de las máquinas. Elgin, Dundee y yo estudiaremos y realizaremos lo demás. ¿De acuerdo?

Todos asintieron.

Instantes después, como si nada hubiese ocurrido, los seis tripulantes se dedicaban al trabajo.

Primero, se realizó una inspección total, comprobándose y anotándose todo lo que estaba en malas condiciones, por un motivo u otro. Lo principal eran las baterías eléctricas. Pero Elga y Dundee sabían cómo recargarlas.

Con respecto a los desperfectos externos de la nave, que no eran graves, Elgin y Mysen decidieron cambiar algunas planchas. Tenían un soplete de arco y lo manejaron con destreza. En el almacén había un mamparo inútil, y sus planchas sirvieron para el fuselaje.

Miriam ayudó a Elga con todo su ardor, logrando, al cabo de cuatro días, reparar la instalación eléctrica.

Al cabo de una semana, Mysen se dio por satisfecho. No estaba todo igual que antes de llegar a R. C. 2404, pero la «Kobra-101» podría navegar por el espacio, si es que podían hacerla despegar.

Fue Elgin quien aquella noche durante la cena, expuso su pensamiento de esta forma:

— Escucha, Mysen. Creo que deberíamos irnos sin demora. Mañana, probamos el funcionamiento de lanave. Si logramos situarla en órbita emprendemos regreso a «Tierra-2» y nos olvidamos de esto.

—¿Y Gkr?

—Ha permanecido aquí mucho tiempo sin nosotros. Podrá seguir haciéndolo.

Mysen negó con la cabeza.

—No —dijo—. Gkr tiene que desaparecer o ser confinado donde no pueda hacer daño. Creo que le podemos capturar, haciéndolo entrar en un condensador magnético. He ideado un plan.

—¿Y si falla? —inquirió Elgin—. Yo he sentido sus ideas en mi mente y le temo, Mysen. Ya que nos hemos librado de él, ¿por qué correr más riesgos?

—Porque quiero ayudar a los adoradores de «Ikxdna», Jack.

—¡Son árboles!

—Seres vivientes, que nos han ayudado.

—Ni siquiera te han pedido que les ayudes. Elga me lo ha dicho. Además, yo no los he oído hablar, y llevo siete días aquí.

—No lo comprendes, Elgin.

—Lo comprendo. Crees estar en deuda con ellos. Pero por ayudarles, nosotros podemos perecer… ¡Y no sólo eso, sino que Gkr puede llegar a «Tierra-2» y acabar con todos nosotros!

—¿Quieres oír mi plan, Elgin?

—Lo escucharé. Aquí mandas tú y temo que, a la postre, se hará lo que tú digas.

—Se hará lo que yo diga, si todos estáis de acuerdo conmigo.

—¡Yo no estaré de acuerdo con quien intente correr nuevos

riesgos! —declaró obstinadamente Elgin.

—Reserva tu opinión para cuando haya terminado de exponer mi proyecto.

—Sí, capitán. Habla —atajó Elga.

—Escuchadme bien. Sabemos que Gkr necesita luz después de cada período de oscuridad. Para él, la luz es magnetismo y energía. Y aquí podemos fabricar electricidad.

»Mi proyecto consiste en poner un cebo a Gkr, hacerle caer en una trampa. Sé cómo conservar la energía durante algún tiempo, sin darle oportunidad de causar daño.

—¿Cómo? —preguntó Elgin.

—Con el condensador de energía atómica. Excitándolo al máximo, es posible retener en él una fuerza magnética de millones de voltios.

—Necesitamos ese condensador —apuntó Elgin.

—Tenemos dos.

—Pero nos hará falta para regresar a «Tierra-2».

—No necesariamente, amigo Elgin. Escucha. Tú viste a Gkr. Es una luz, radiación. Imagina que vamos en dirección a Gkr. Le hemos descubierto y vamos hacia él. ¿ Qué hará? Tratará de apoderarse de nosotros. Es su mayor deseo. Y dejamos que lo consiga.

—Ya lo hemos conseguido. Salta sobre nosotros, nos domina y se mete en nuestras mentes.

—No —atajó Mysen—. Se meterá en el condensador de energía, que habremos preparado. La electricidad magnética obedece a unas leyes inflexibles. Ni siquiera Gkr puede sustraerse a esas leyes. Habrá talmagnetismo en el circuito, que ni siquiera Gkr podrá escapar a ello.

«¡Toda la nave será un volcán de magnetismo!

—¿Y nosotros?

—Estaremos aislados en el puente. Crearemos un campo neutro, al que Gkr no podrá llegar. Oscuridad y magnetismo positivo. Eso será nuestra defensa.

—¿Y luego?

—La «Kobra» se dirigirá como un rayo hacia la luna de este planeta —siguió diciendo Mysen—. Una vez allí, soltamos el condensador, del que no habrá podido librarse Gkr.

«Sabemos que no puede vencer la fuerza de la gravedad. En esa luna, la gravedad será inferior, desde luego. Pero ni siquiera así podrá escapar a ella.

» Y nosotros, impulsados por el otro motor atómico que nos queda, seguiremos viaje de regreso a «Tierra-2». Detrás nuestro quedarán los árboles liberados de su ancestral enemigo y éste aprisionado en un mundo del que no puede escapar.

—¡Vaya, qué fácil! ¡Fallará por todas partes!

—No estoy tan seguro. Sin embargo, tengo algo más que decir.

—¿Qué? —preguntó Elgin.

—Esto. Hace una semana, nosotros estábamos aquí condenados a muerte. Éramos seis representantes de una raza aventurera a la que Gkr pretendía alcanzar. Éramos sus víctimas. Vosotros cuatro, dominados por él, ansiabais llegar hasta aquí. Yo lo impedí, con ayuda de nuestros amigos los árboles.

»En realidad, nosotros valemos poco. Y, bien pensado, pueden sacrificarse seis personas para tratar de salvar a una raza condenada. ¿Qué opináis?

Hubo un ominoso silencio entre los reunidos, que fue roto, al cabo de un minuto, por Bill Dundee.

—Creo comprenderte, Mysen. Tratas de decirnos que, en el peor de los casos, si nos sacrificamos nosotros, esos árboles podrán volver a sus ciudades.

—Sí.

—¿Y nosotros?

—Creo que podremos dejar a Gkr en la luna.

—¿Y si no es posible? ¿Lo llevaremos a «Tierra-2», con el peligro que eso entraña?

Mysen denegó con la cabeza.

—No. Si fracasamos, destruiremos la nave en pleno vuelo. Un explosivo conectado a un reloj, hará que la «Kobra-101» se convierta en pavesas en medio del espacio.

—¿Propones la autodestrucción?

—Sólo en el caso de que falle el método del condensador.

—Puede fallar todo. Atiende, Mysen. Si Gkr nos vuelve a dominar, se enterará de lo que pretendemos. Nos hará desmontar el explosivo.

—¡Es que no podrá ser desmontado, y si lo hacemos, estallará de igual modo! Elga puede hacer una conexión perfecta. Gkr se encontrará con una situación difícil. Y creo que optará por dejarnos. Es inteligente y sabe cuando le toca perder.

—¿Quieres exponer tu plan con todo detalle, Mysen?— preguntó Miriam.

—Sí. Mi idea es ésta…

CAPÍTULO X

La nube de óxido de sodio había terminado por caer. El sol —Grf-Kdn— volvía a brillar en el cielo, con fuerza. En alguna parte de aquel dilatado planeta, Gkr debía estar rumiando su venganza, con todos sus fotones en tensión, preguntándose cuándo saldrían los terrestres de la protección de los árboles.

Y los tripulantes de la «Kobra-101» estaban ya terminando su tarea.

Habían reparado la nave, la probaron brevemente, comprendiendo que con la energía suficiente les sería posible remontar el vuelo, y estaban ultimando los detalles del audaz plan de Pe Mysen.

Dos compresores hidráulicos habían alzado la proa de la nave por encima de los árboles. En el momento del despegue, se produciría una llamarada, a consecuencia de la cual algunos árboles resultarían dañados.

Sin embargo, Mysen ya sabía que los seres arbóreos contaban con aquella inevitable eventualidad.

En lugar bien destacado se había colocado el condensador de energía atómica, provisto de grandes cátodos magnéticos que «absorberían» al intruso en cuanto subiera a bordo. Aquello también fue probado, y aunque la energía que le facilitaron no era tanta como la que emanaba de Gkr, dio resultado. Elga Kahta quedó satisfecha.

Además, un dispositivo especial permitía desprender el condensador por medio de una escotilla de emergencia que fue abierta en el fuselaje. Todo el armatoste, incluyendo el motor atómico, podía ser liberado de la nave por medio de un pulsador eléctrico, que lo lanzaba al vacío en una fracción de segundo.

Pe Mysen había empleado más de diez días en arreglar aquel artilugio. En otras circunstancias, sin tener que improvisar tanto, se habría solucionado en dos o tres días.

Mas el tiempo no contaba allí.

Y el día antes de la partida, todos se reunieron en el puente, para ensayar la acción. El piso estaba forrado de material aislante, porque toda la nave iba a sufrir un enorme aumento de tensión, como Elga había demostrado teóricamente.

— Mañana, en cuanto salga el sol, despegaremos. Es la hora en que menos daño podemos causar a los árboles. En la oscuridad están «despiertos».

»Una vez en vuelo orbital, Elgin y Jabrin efectuarán la salida de prueba. Presumo que Gkr debe estarpor estas cercanías. Por tanto, una vez en órbita, regresaremos a este lugar.

»Cuando detectéis a Gkr y le localicéis, deberéis regresar inmediatamente a bordo. Yo haré que la nave descienda hasta que Gkr pueda abordarnos. Los magnetómetros nos indicarán el momento exacto en que se produce el asalto.

«Nosotros estaremos aquí. El condensador funcionará y la nave saldrá a ingente velocidad hacia su destino. Gkr no podrá alcanzarnos, atrapado en el condensador. Puede que parte de su magnetismo trate de llegar hasta nosotros. Lo intentará, pero no lo conseguirá. Su núcleo principal estará luchando por librarse de las radiaciones magnéticas del reactor.

«Transcurrirán veinte minutos. Entonces, mientras sobrevolamos la luna primera de R.C.240-4, yo pulsaré el evacuador. Habrá una sacudida violenta que no nos pillará desprevenidos, y todo el mecanismo, condensador, reactor, instalación y magnetógrafo, saldrá despedido hacia el suelo de la luna primera. ,

«Habremos quedado libres de Gkr, habremos librado a los seres arbóreos y podremos emprender el regreso hacia «Tierra-2».

—Pasemos al segundo plan. Supongamos que Gkr se mete en nosotros y nos domina antes de transcurridos los veinte minutos —apuntó Elgin.

—También está previsto. En cuanto nos «agarre», sabrá que está navegando a bordo de una colosal bomba. Pero ya no le será posible librarse del desastre. Estará atrapado, con nosotros. Podrá expulsar el reactor y el condensador, en el momento oportuno.

No le será difícil ordenamos la ejecución de la maniobra. Y marcharse con todo ello a su nuevo albergue, porque si se queda aquí, perecerá con nosotros y será proyectado a los espacios, sin posibilidad de supervivencia. Y nosotros podremos haber muerto o seguir con vida.

—Gkr no nos dejará con vida —habló Miriam en tono pesimista.

—No estoy yo tan seguro. Se dará cuenta perfectamente de la trampa. No podrá ordenamos retroceder, porque sabrá que no es posible. Y se decidirá, tal vez, por abandonarnos. Si lo hace, la tercera parte del plan entrará en funcionamiento automáticamente y el reloj se desconectará, eliminando el peligro.

—Correcto —señaló Bill Dundee—. Todo esto debe funcionar solo. No me cabe duda de que el sistema es ingenioso. Gkr será atraído, nos dominará y comprenderá que está en una ratonera. ¿No tratará de matarnos y luego abandonará la nave, a su paso sobre la primera luna?

—Es igual. No niego que corremos mucho peligro. Lo hago para salvar a los seres arbóreos. Durante veinte minutos, a partir del momento del despegue, nosotros no existimos. O estamos dominados por Gkr o somos eliminados en cuanto Gkr sepa lo que hemos hecho.

«Luego, haga lo que haga, no podrá regresar a R.C. 240-4. Y eso es lo que debemos comprender. Nuestras vidas cuentan poco aquí.

—¡Pero yo quiero vivir! —exclamó Miriam, agarrándose al brazo de Elgin—. ¡Necesito vivir! ¡No meimporta lo que ocurra con los árboles de sangre caliente!

Mysen miró fijamente a la joven.

—Luise también quería vivir y ha muerto. En realidad, estabais muertos ya. De no haber sido por esos árboles, yo no habría podido ayudar en nada. Dentro de unos meses, si no recibimos socorro, lo que habría sido aún peor, la muerte nos habría dominado.

«Estamos vivos y somos agradecidos. Gkr es una amenaza, tanto para nosotros como para los árboles de «Ikxdna», o para el que venga aquí algún día, como hemos venido nosotros. ***si se han de sacrificar seis individuos, el fin justifica nuestro sacrificio.***

—Estoy contigo —dijo resueltamente Jabrin—. Adelante.

—Sin embargo —añadió Mysen, mirando fijamente a Miriam—, aún existe otra solución.

—¿Cuál? —preguntó ella, esperanzada.

—Para realizar lo que me propongo, no necesito más que a una persona. Esto no os lo había dicho antes, porque lo reservaba para este momento. Por tanto, hay cuatro entre vosotros que pueden permanecer aquí, protegidos por los árboles.

«Alguien, sin embargo, tiene que venir conmigo. Lo necesito para realizar la maniobra.

—¿Cuatro nos podemos quedar? ¿Y qué será de nosotros?

—Tendréis alimentos para bastantes días. Os pueden venir a rescatar. Y si la maniobra sale como yo espero, regresaremos a recogeros, para emprender todos el regreso a «Tierra-2».

»Ésta es la situación. Cuatro de vosotros podéis quedaros. Uno, el que se ofrezca voluntario, tiene que venir conmigo.

—¡Yo me quedo! —exclamó Miriam.

—Escucha, Mysen. No tengo fe en tu proyecto —añadió Elgin.

—Bien —admitió el aludido, volviéndose a Dundee—. ¿Y tú?

Bill Dundee no respondió. Pero lo hizo Jabrin, adelantándose.

—Alguien tiene que acompañarte.

—Estoy viendo que hay demasiada cobardía en vosotros— acusó Pe.

—¡Tú no has estado dominado por Gkr! —gritó Dundee—. De lo contrario, no hablarías así.

—Basta —intervino Elga Kahta—. Ya habéis hablado todos. Sabía lo que iba a ocurrir y se lo dije a Mysen. No debéis preocuparos en absoluto. Iremos él y yo.

—¿Tú? —preguntó Miriam, atónita.

—Sí. Yo no conozco directamente a Gkr y no le tengo miedo.

Vosotros os quedaréis aquí. No se hable más.

No se habló más. Pe Mysen salió del puente.

* * *

Miriam, Elgin, Dundee y Jabrin, con sus equipos completos y provisiones en abundancia vieron a Mysen agitar la mano a través de los cristales irrompibles de la cabina de mando.

Retrocedieron hasta situarse fuera de la zona de despegue, como su capitán les había anunciado. Los cuatro estaban preocupados, nerviosos y se sentían culpables, con una sensación angustiosa en sus corazones.

—¿Volverán? —preguntó Jabrin.

Nadie les respondió.

Un instante después, con un rugido, la «Kobra-101» se estremeció, hirió el suelo y algunos árboles cerca, nos, con el fuego ingente de sus toberas, y se remontó, como un rayo, hacia el cielo amarillo. Un instante después se había perdido de vista.

Sin embargo, en cuanto efectuó una maniobra de seguridad, Mysen regresó a las inmediaciones del lugar donde había salido. Y allí situó la nave en posición antigravitacional. No había terminado de hacerlo, cuando Elga, situada ante la pantalla telescópica, emitió un grito:

—¡Allí está la luz viviente, Pe!

Efectivamente. Junto a un canal de líquido verdoso, un punto de una blancura intensa, se agitaba de un lugar a otro, irradiando luz con fuerte intensidad.

Mysen no parpadeó siquiera.

—Descenderé hasta situarme a menos de cuatro metros del suelo. Eso le atraerá. Sabemos que puede remontarse hasta veinte o treinta metros.

Elga no contestó, pero se acercó a donde estaba él, ante el cuadro de mandos, y le echó los brazos al cuello.

—Pase lo que pase, Pe, quiero que sepas que estoy contigo en todo y por todo.

Él la miró y sonrió.

—Lo sé, Elga. Y presiento que tus más caros deseos se van a realizar.

—¡Dios lo quiera, porque te amo con toda mi alma!

Elga besó a Mysen, como si aquella fuese la despedida eterna. Podía serlo, sin lugar a dudas.

—No te preocupes, amor mío. La Providencia colabora con las buenas causas —dijo él, cuando Elga se desprendió de sus labios y le miró a los ojos—. Todo saldrá bien.

—Vamos allá, pues.

Mysen hizo descender la nave. Elga controlaba el magnetómetro, viendo oscilar la aguja, que remontaba rápidamente los números indicadores alcanzando pronto límites de peligrosidad.

Él no modificó su plan, logrando detener la nave a una altura mínimadel suelo. Los sustentadores antigravitacionales funcionaron perfectamente.

—¡Preparado, Pe; ya viene! —gritó Elga.

En efecto, Gkr, maravillado de la proximidad de la nave, no quiso desaprovechar la oportunidad. Estaba extrañado de que, súbitamente, la tan codiciadˆ nave, se situase a su alcance. Y aunque pensó que podía tratarse de una trampa, para él era importante alcanzar el aparato.

Había ansiedad en su relampagueante movimiento.

Sus «dedos» de luz se adhirieron al fuselaje. Se izó, penetró, perforó y se encontró, por vez primera, dentro de la nave, la cual dio un brinco terrible, saltando al espacio con una celeridad increíble.

Pero Gkr ya no se soltaba. Estaba a bordo de unanave tripulada. Podía abandonar R.C. 240-4, salir por vez primera de aquel mundo que se le hacía pequeño.

Inmediatamente, localizó a Mysen y Elga. Debió sentir una satisfacción inmensa al avanzar, atravesando el mamparo.

Y, de pronto, un turbión magnético le envolvió. Algo le succionó con increíble poder. Gkr hubo de luchar, tratando de sustraerse a la fuerza que le «captaba», llevándole hacia las láminas de cobre que habían aparecido ante él.

Vagamente, comprendió que había caído en una trampa. Sabía que la nave acababa de abandonar la ionosfera del planeta y que surcaba el espacio a ingente velocidad.

¡Y todo aquello era obra de Pe Mysen, el capitán de la «Kobra-101» en cuya mente no había tenido ocasión de albergarse!

Logró zafar parte de su energía, pero no toda. El magnetismo electrónico de aquellos cátodos de reacción atómica le dominaba. Además, Gkr se dio cuenta de que la oscuridad reinante dentro del compartimiento, le restaba fuerzas. Todo había sido estudiado convenientemente y lo comprendía ahora que parecía ser demasiado tarde.

¿Qué se proponía hacer con él? El magnetismo habría de cesar. Surgía de una máquina condensadora. Al acabarse su combustible, él sería libre. Y entonces… ¡Ah, Pe Mysen y Elga Kahta!

La oscuridad y la pérdida de energía le hizo ceder en su lucha. Era imposible sustraerse al magnetismo. Tenía que esperar. Aquella succión imantadora no podía causarle daño ni quebranto alguno. Era necesario replegarse, condensarse, obedeciendo las leyes naturales de la energía electrolumínica.

Pero Gkr no esperaba lo que sucedió después de veinte minutos. Estaba como aletargado, encerrado en sí mismo, dentro de los miles de metros de cable que giraban por la fuerza inmensa del reactor atómico.

Y, de pronto, algo se agitó, brincando.

Cuando Gkr quiso darse cuenta, se halló en el espacio, cayendo sobre una luna, envuelto en el complicado mecanismo que la nave terrestre había desprendido.

Y vio a ésta alejarse en el vacío, a una velocidad hiperlumínica. En realidad, el ojo humano no habría podido ver la nave. Gkr la vio con «visión» magnética, y sólo durante unos segundos.

Después, cayó sobre la primera luna de R.C.240-4… ¡Y en aquel instante comprendió Gkr lo que había ocurrido! ¡La verdad chocó violentamente con su intelecto robado a los adoradores de «Ikxdna», siglos atrás!

Alguien, más inteligente que él, le había burlado, desterrándole a un pequeño mundo inhóspito, del que jamás podría escapar por sus propios medios… ¡Y en aquella luna ni siquiera había líquido moderador para tranquilizar su fluido vital!

¡Allí le esperaba la muerte, víctima de espantoso sufrimiento!

Un ser provisto de una enorme inteligencia lumínica y magnética, que fue vencido, burlado y engañadopor un simple individuo de raza humana, cuyo cerebro, material y psíquico, no podía compararse con el suyo. En su destierro, Gkr habría de pensar profundamente en aquel contrasentido.

¿O no era él más inteligente que los pobres humanos de La Tierra?

Empezaba a dudarlo.

* * *

En la cabina de mando de la «Kobra-101», después de haber comprobado meticulosamente que Gkr se había ido, juntamente con el ingenio lanzado por Mysen al espacio, la pareja se abrazó, muy contenta.

—¡ Libres, Pe, somos libres! ¡ Y estamos vivos!

—Libres para desconectar el reloj explosivo —recordó él, yendo hacia la sala de máquinas, donde estaba instalado el artilugio siniestro.

Elga le acompañó, y entre ambos realizaron la operación, que no era fácil, dada la complicación creada intencionadamente por Mysen.

Mientras trabajaban. Elga observó:

—Si Gkr llega a apoderarse de nosotros, escapando al condensador, podía obligarnos a desmontar esto.

—No. Estando el condensador a bordo, esto es imposible de

desmontar.

—Es que Gkr habría comprendido que era necesario expulsar el condensador también.

—Querida doña «circuitos», tú serás muy buena oficial de comunicaciones, pero no has comprendido muy bien. El condensador no podía saltar, si una fuerzamagnética no le ayudaba. Fue el propio Gkr quien lo hizo todo… ¡Que tenga buen viaje! ¡Y gracias a su feliz ausencia, nosotros podemos ahora hacer planes para el futuro!

—¡Oh, Pe Mysen, te voy a querer más que a mi vida!

—Y pobre de ti si no lo haces. Me enojaré mucho.

Al terminar de desmontar el mecanismo de relojería y retirar la peligrosa espoleta, Elga comentó:

—Siempre tuve fe en ti, Pe.

—Los otros, no.

—¡Merecerían un castigo!

—¿Todavía más? ¿Y la ansiedad que están pasando? ¿Es que el ignorar si volveremos a por ellos no es una forma de castigo?

—No tengamos prisa, Pe. Me gustaría… Bueno, estamos solos a bordo. Ven conmigo.

—Luego, Elga —dijo él, sonriente—. No me gustaría encontrarme en la piel de ninguno de ellos. Si nos demoramos, son capaces de recurrir al suicidio.

—¡Son demasiado cobardes para hacer tal cosa! Pero sea lo que tú digas. Hagámosles saber que todo ha terminado bien. Luego iremos a recogerlos. Tienen que explorar el planeta. Nosotros necesitamos un pequeño descanso.

—Eres obstinada, Elga. Pero te adoro y deseo complacerte.

— ¡Oh, gracias, capitán!

Regresaron al puente. Allí, Mysen estableció contacto con sus compañeros, quienes al oírle gritaron de júbilo.

—¿Todo bien, capitán?

—Sí. Desde luego, no os habéis portado como héroes.

—Lo sentimos, Mysen —habló Miriam—. De eso estábamos hablando. Esto es un coro de reproches. Somos los más cobardes de la creación y estamos arrepentidos. Nos gustaría tener otra oportunidad.

—No creo que se presente jamás una situación como la que hemos pasado. Sin embargo, no informaré mal de vosotros, dadas las circunstancias.

—¿Estás seguro de que Gkr se ha quedado en la primera luna?

—El condensador ha caído allí. Y Gkr no podía escaparse. Además, no tenemos radiación.

—¡Gracias a Dios!

—Oídme todos. Elga y yo vamos a casarnos. No os impacientéis si tardamos unos días en ir a recogeros. Podéis explorar

detenidamente ese planeta. Espero que no nos encontréis otro Gkr.

—¡Oh, no! —exclamaron los cuatro a coro.

Elga, impaciente, desconectó la radio.

—Sitúa la nave en posición orbital, querido. Te espero en mi cabina —dijo ella en tono insinuante.

—Sí.

Elga salió y Mysen se entretuvo unos minutos poniendo las cosas en orden. No quería problemas durante las próximas veinticuatro horas. No quería ser interrumpido por nada del mundo.

Cuando todo estuvo en orden, dejó el puente y se dirigió a la cabina donde estaba Elga esperándole. Y alverla, ¡tal como la vio!, perdió hasta la noción de lascosas.

La mente se le ensombreció como por una nube roja, eclipsando de ella lo que no fuese la tentadora y fascinante figura de la exótica y maravillosa criatura que tenía delante, invitándole a tomarla en brazos.

Y Pe Mysen no rechazó la invitación. Era demasiado tentadora.

— ¡Elga, qué bonita eres!

Elga rió, la abrazó también y sus cuerpos parecieron fundirse en uno solo.

Luego, el amor reinó durante varias horas en aquel lugar, locamente, desenfrenado, con pasión y frenesí… Y ambos supieron que habían nacido el uno para el otro.

F I N